



SS

**SERVICIO
SECRETO**

W. CATANZARO

**NOCTURNO
CON MUERTE**

“NOCTURNO” CON MUERTE

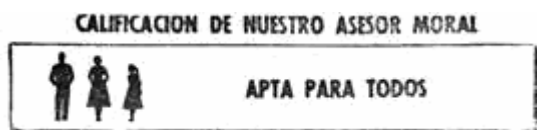
W. CATANZARO

Nocturno con muerte

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES



DEPÓSITO LEGAL B 11837 – 1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© W. CATANZARO - 1959

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona - 1959

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

378 — A cara o cruz la vida.

En Colección PANTERA:

32 — Infierno en Sacatone. 37 — ¡Date prisa, forastero!



“Podríamos eliminar a todos los traidores. Pero a la traición,
jamás”.

Gaudan Ross

Capítulo Primero

PETERKIN

No lo sentía por nadie, sino por mí mismo. En realidad, a nadie tenía que darle cuenta de lo que el doctor Pool había dictaminado sobre la jaqueca que me aquejaba durante las últimas semanas. En cierto modo, esto era una ventaja. Según mi manera de pensar, considero una tontería el querer compartir las desgracias propias por aquello de que uno se consuela. No existe consuelo para lo irremediable. Si acaso un alivio temporal.

El timbre del teléfono sonó cuando ya me había aliviado con media botella de whisky.

Alcé medio cuerpo del diván y descolgué el auricular.

—¿Qué ocurre? — inquirí, realizando un esfuerzo para separar la lengua del paladar.

—¿Eres Strague?

—No estoy muy seguro, pero creo que sí. Y tú eres Peterkin.

—Celebro que hayas reconocido mi voz. ¿Puedes prestarme

absoluta atención a lo que te voy a decir?

Me recosté en el diván.

—Este no es uno de mis mejores momentos, Peterkin —contesté—. Me duele la cabeza, estoy medio borracho y tengo ganas de reventar. ¿Te parece que podríamos aplazarlo?

Peterkin soltó una de sus maldiciones favoritas y luego insistió algo más apaciguado, pero con un acento ligeramente extraño.

—Atiéndeme, Strague. Es importante y urgente. Mi cabeza está en juego. Se trata de eso que te entregué anoche. Lo tienes todavía, ¿verdad? Quiero decir que aún no se lo has dado al patrón. Es imprescindible que me contestes con plena sinceridad.

—Me dijiste que lo retuviera hasta nuevas órdenes —mentí—. ¿Por qué diablos me preguntas si lo tengo?

—Está bien. Escucha las órdenes y no me las hagas repetir. Son ahora las siete y media. Dentro de media hora estarás en la segunda esquina de la calle Treinta y Cinco frente a Galerías Wawter. Una chica llamada Ira Lewis se reunirá contigo. Es morena ojos azules y vestirá un suéter blanco. Te dará instrucciones. ¿Has comprendido?

Gruñí algo parecido a una afirmación y acto seguido expuse lo difícil que me resultaba el simple hecho de salir a la calle. Pero Peterkin no me hizo caso y continuó:

—Segunda parte, Strague. Guarda en lugar bien seguro la receta en cuestión y no le dejes la llave al portero. No llesves encima la receta. Esto es importante. Nada más, Strague. Nos veremos cualquier día de estos... ¡Ah! Otra cosa: utiliza el revólver y sobre todo la cabeza. Ni una palabra a nadie.

Se cortó la comunicación. Colgué el auricular y saqué las piernas fuera del diván para sentarme. Las sienes me dolían de un modo horrible. Era como si me estuvieran removiendo los sesos con teas encendidas. Un trago de whisky apagó un poco el fuego.

Todo era muy extraño y muy confuso. Tal vez contribuyera algo a la confusión el alcohol ingerido. O tal vez, no. Lo que sí era cierto es que yo no había visto a Peterkin desde hacía lo menos seis meses. Y desde luego, no tenía la menor idea de aquello a lo que había querido referirse. Por otra parte, el patrón tampoco había dado señales de vida en todo lo que iba de año, lo cual significaba que las cosas estaban relativamente tranquilas.

Conocí a Peterkin a principios de la contienda. Nos hicimos buenos amigos, a pesar de su endiablada forma de ser. Operamos juntos en África, disfrazados de oficiales alemanes. Más tarde pasamos a engrosar las filas de la Resistencia en Francia y fue allí donde me arrancó del paredón un segundo antes de que el oficial nazi diera la voz de fuego a su pelotón de ejecución. Una maravillosa hazaña que me puso en deuda con Peterkin hasta el día en que le volví a encontrar en Viena en compañía de Tamara Hussinova. Aquel día, Peterkin nació de nuevo, aunque él medio en broma asegurase que conocía la existencia del revólver que Tamara escondiera en la bocamanga de su abrigo de visón. El caso es que Tamara Hussinova perdió su presa y la posibilidad de seguir siendo útil al Servicio Exterior de Himmler.

Dije antes que Peterkin tenía una condenada manera de ser. Pero el hecho de que yo no aprobase los métodos que utilizaba, enrevesados y tortuosos como los laberintos chinos, no me privaba de admirarle. Peterkin tenía la sonrisa de un ángel y el corazón de un tigre. El patrón solía afirmar que él era el mejor agente secreto que Norteamérica tenía a su servicio, tanto en tiempos de guerra como en los de paz. Quizá fuera cierto, si me descontaba a mí.

Su llamada telefónica me hizo pensar muy deprisa. Era evidente que se hallaba en un apuro y que cuanto había dicho encerraba un significado muy distinto del que quiso dar a entender. Alguien le estaba apretando los tornillos, posiblemente con una pistola. Peterkin necesitaba de mi ayuda. La precisaba angustiosamente. Pero ¿cómo debía interpretar su petición de socorro?

Me pareció que solo podía ayudarle de una forma: de la misma que él me habría ayudado a mí. Por eso Peterkin y yo nos complementábamos tan bien. Leíamos nuestros pensamientos, aunque nos separasen dos océanos.

Por medio del teléfono interior, di instrucciones al conserje de que dijera a todo el mundo que acababa de salir. Luego, marqué el número de Rinaldo Fells.

Tuve suerte al encontrarle en casa.

—Soy Strague. Necesito un favor. Quiero que dentro de veinticinco minutos estés frente a Galerías Wawter, en la esquina de la calle Treinta y Cinco. Verás a una chica con suéter blanco, morena y de ojos azules. Se llama Ira Lewis. Tú le dices que eres

Robert Strague y tomas buena nota de lo que te diga. También es posible que no veas a ninguna chica y en ese caso te limitarás a observar lo que ocurre. ¿Comprendido?

—Lo siento, Strague —se excusó Fells—. Estoy de vacaciones. Y, por otra parte, me sería difícil inventar una excusa para acudir a la cita de una chica de ojos azules.

—¡Al diablo tú y tus vacaciones! Irás a la calle Treinta y Cinco, aunque sea lo último que hagas en esta vida. Puedo arrojarte a la cara muchas cosas que he hecho por ti....

—¡Pero es que no puedo! —interrumpió Fells con voz desfallecida—. Tengo otra chica aquí conmigo. Conseguí traérmela después de estar dos años rondándola... ¡Por caridad, Strague!

Gustosamente le habría degollado. Fells era el tipo que más veces había conseguido sacarme de mis casillas, y siempre en los momentos peores.

El reciente veredicto del doctor Pool sobre mis jaquecas y el medio litro de “whisky” ingerido fueron los factores que me indujeron a desatar mi lengua de tal modo que Fells debió experimentar escalofríos de terror. Cuando terminé, la voz de Fells se convirtió en un susurro agonizante.

—Pero es que me acabo de casar, Strague —dijo—. ¿No lo comprendes? ¡Me he casado hace un cuarto de hora y Lucy no entiende de estas cosas! ¿No puedes ponerte en mi lugar?

—Gustosamente lo haría si Lucy consintiera y si no tuviera otros asuntos más importantes en que pensar. Dile de mi parte que dentro de media hora podréis reanudar vuestra luna de miel. Que solo se trata de tomar un recado. O mejor, dile que vas a comprarle unos bombones.

—¡Bombones! —la exclamación de Fells atravesó mi cerebro como una corriente eléctrica—. ¡Está bien, Strague! Iré a ver a Ira Lewis. Y tú serás testigo en la causa de mi divorcio...

La cólera de Rinaldo Fells me habría hecho reír una semana antes. En esta ocasión, la risa se me heló en los labios al pensar lo que ocurriría una semana después. O quizá antes... Fells se había casado. Y sería feliz con Lucy. O desgraciado, tal vez. Pero podría volver a empezar. Era cuestión de tiempo. ¡Maldito tiempo! Todo el mundo tenía tiempo para gastar y malgastar. Días, meses, años... ¡Qué infierno el mío! Me pregunto quién acabará esta historia y lo

que dirán de mí todos los componentes de esta condenada zarabanda de seres que ríen y parlotean estúpidamente, como si a ellos no les fuera a llegar algún día la hora...

Recogí la botella y el vaso del suelo y los guardé en el mueble bar. Luego me miré al espejo. Un buen ejemplar de hombre, me dije sin modestia. Un ejemplar podrido. Sonreí al imaginar el chasco que se iba a llevar mucha gente.

Eran las ocho menos diez. Habían transcurrido veinte minutos desde la llamada de Peterkin. La cosa debía estar a punto de suceder.

Dejé todo en orden, enfundé la pistola en mi sobaquera y salí al balcón de mi apartamento cerrando después las persianas automáticas, de modo que solo quedara un pequeño resquicio por donde poder ver el interior del aposento.

Encendí un cigarrillo y aguardé. ¿Me equivocaría al suponer lo que Peterkin tramaba?

Me había desaparecido el dolor de cabeza. Sin embargo, otras molestias persistían. Por hacer algo me conté las pulsaciones. Ciento veinte por minuto...

De pronto la luz del aposento se encendió. Clavé mi vista a través de la rendija y contemplé una figura de mujer vuelta de espaldas. Estaba inmóvil y muy erguida. Su traje rojo, muy ajustado, evidenciaba encantos capaces de paralizar la respiración. Su cabello, en abundante cascada, era negrísimo, y muy oscura la piel de sus hombros. Quise imaginar cómo sería por delante, pero ella me ahorró el trabajo volviéndose. El espectáculo valía la pena. Rostro ovalado, pómulos salientes y ojos rasgados como los de una oriental. Dos verdes gemas centellearon debajo de sus oblicuas cejas. Una mestiza sin duda; pero de categoría. Su imagen cuadrada perfectamente con los palacios descritos en "Las Mil y Una Noches".

Su revólver fue lo último que vi, y hay que perdonárseme el descuido porque muchos hombres ni siquiera lo habrían advertido aun cuando estuvieran dos horas contemplándola.

Nerviosa, pero diestramente, la joven extrajo un llavero de su bolso y comenzó a abrir todos los cajones de la habitación. Su registro fue metódico, propio de un experto en la materia. Diez minutos después se dio por vencida. Naturalmente, no podía

encontrar lo que no existía más que en la imaginación de Peterkin.

Tras consultar su reloj de pulsera se sentó en la butaca. El hecho de considerarse a solas restó recato a su postura. Sus piernas eran maravillosas. Honradamente no podía quejarme de que el destino fuese cruel conmigo hasta última hora.

El rostro de la mestiza adquirió una expresión concentrada. Seguramente rebuscaba en su mente con tanto ahínco como minutos antes hiciera con mis cajones. Al cabo de unos instantes se puso en pie nuevamente, con lo que la perspectiva perdió parte de sus atractivos.

Comenzó otra vez el registro. Ahora más deprisa e intensivo.

De repente quedó inmóvil, como si hubiera oído algún ruido inesperado. Miró hacia la persiana. Tuve la sensación de que sus verdes ojos se clavaban en mí.

Prestamente se escondió detrás de una esquina del armario y sacó del bolso un silenciador “Browson” que aplicó al cañón de su revólver.

En ese momento, un hombre apareció en el umbral de la puerta. Era más bien grueso y su sombrero le tapaba casi toda la cara. En su diestra relucía una “Luger” automática.

El desfile se ponía interesante, aunque quizá no para la muchacha.

Ella le descubrió antes y salió de su escondite. El individuo acusó la sorpresa y levantó el cañón de la pistola a la vez que crispaba el dedo sobre el gatillo.

Una fracción de segundo después sonó un repetido chasquido y el hombre se dobló sobre el estómago con las manos tintas en sangre. Luego cayó de bruces y desapareció del cuadro visual que yo abarcaba.

Un asesinato cometido en mi propio apartamento era algo más que suficiente para hacerme salir de mi papel de espectador, incluso considerando que la mestiza podía repetir impunemente su juego.

Oprimiendo el disparador exterior de la persiana, levanté esta rápidamente y me mostré ante la peligrosa intrusa.

—No es necesario que me lo cuente, muñeca —le dije—. Ni tampoco que dispare. A menos que sea su capricho asesinar dos

veces por semana.

—¿Quién es usted? ¿Acaso Strague?

La admiré en su magnífica actitud de tigresa cogida en la trampa. Aunque, bien mirado, la presa era yo. El individuo yacía boca arriba, en medio de un charco de sangre y probablemente muerto.

—Mejor será que acabemos pronto —dijo—. ¿Dónde está lo que le entregó Peterkin?

—Mejor será que me explique qué derechos se atribuye usted para entrar en mi casa, desvalijarla y matar un hombre. De paso puede decirme también la idea que de mí tiene, si es que supone que Robert Strague es tan necio como para obedecerle.

—La idea que tengo es la de matarle —contestó con voz plena de matices exóticos—. Y ahora mismo si no me entrega lo que le pido.

Me miraba desde el centro de la habitación. Su postura era equilibrada y armónica; graciosa, si no desentonara el detalle de su pistola. El penetrante aroma de jazmín que se desprendía de su cuerpo predominaba sobre el olor de la pólvora.

Olvidándome por unos instantes de ella, extraje un paquete de cigarrillos y encendí uno. Lo hice con deliberada lentitud, quizá con algo de insolencia. En realidad, no me preocupaba en absoluto el pensamiento de que pudiera descerrajarme un tiro. En mis condiciones, aquello habría sido lo mejor.

—Es una lástima que la empleen a usted en estos menesteres —dije—. Cualquier día de estos se tropezará con un individuo poco entendido en cuestiones de arte y estropeará ese monumento de mujer que es usted. Y no me dé las gracias por el cumplido, porque no las merece.

La mujer avanzó hacia mí. También despacio y provocativamente. Se detuvo a poco más de un palmo de distancia. La mirada de sus verdes ojos provocó un extraño hormigueo en mis venas. Entonces comprendí la razón de que la historia de los pueblos registrara hecatombes y cataclismos por culpa de las mujeres. Y disculpé mentalmente a hombres que, como César, Marco Antonio y Napoleón, enviaban al diablo sus empresas guerreras por trivialidades como la que yo tenía delante.

—He venido dispuesta a llevarme los documentos —manifestó

—. Usted lo ha visto. No me importa el precio que sea.

Su sonrisa me reprodujo el escalofrío. Había guardado el revólver en el bolso y se disponía a sentarse en el diván, haciendo caso omiso del ensangrentado cadáver.

—Suponga que no los tengo —contesté—. Peterkin puede haber mentido para engañarla. ¿Conoce usted a Peterkin?

—Tal vez.

—Permítame que le diga que no es cierto. Para intimidar a Peterkin hace falta algo más que un revólver o que todos sus encantos juntos. Fíjese bien: ni atándole a la boca de un cañón “Krupp” podría usted sacarle una sola palabra que él no quisiera decir. Si le ha dicho que yo tengo esos documentos, haría usted bien buscándolos en la península escandinava o en el monte Ararat.

—Entonces lo sentiría por usted —al decirlo cruzó las piernas y se alisó los bordes de la corta falda—. Y por Peterkin. ¿Quiere cerrar la ventana, Strague?

Era una invitación amistosa, plena de matices sugeridores. Solo que la existencia de aquel cadáver estropeaba toda la decoración.

De todos modos, obedecí. Y el halo de su perfume me envolvió sin que me fuera posible apercibirme del ruido de sus pisadas.

Por vez primera en mi vida presentí el peligro y no hice caso. Al volverme la tenía junto a mí, ofreciéndome el portento de sus labios rojos como la frambuesa. Sonreía y tenía entornados los ojos. Por entre las rizadas pestañas capté su electrizante mirada. No vi nada más...

Al besarla sentí la caricia del terciopelo en todas las fibras de mi ser. Algo como jamás experimenté.

Una de sus manos acarició mi nuca. Cerré los ojos y dije alguna tontería; o quizá solo runruneé como un gato.

—¡Oh, Strague! —suspiró ella, mimosa—. ¡Eres mucho más tonto de lo que supuse!

Noté una dura presión en el pecho. No tuve necesidad de mirar para saber que se trataba del cañón de un revólver. ¡Pero qué importaba! ¿Podía soñar una muerte tan maravillosa como aquella?

—Te voy a matar, querido —volvió a murmurar separando apenas sus labios de los míos—. Un tiro en el corazón no te hará ningún daño...

Vi el fogonazo. De pronto me pareció que la habitación se agrandaba desmesuradamente y que el techo me caía sobre la cara. Me apoyé desesperadamente sobre los hombros de la mestiza. Contemplé su hombro casi desnudo. Y luego la oscuridad y el infierno.

Capítulo II

EL PATRÓN

AL recobrar el sentido sentí algo así como si una docena de cuádrigas romanas estuvieran pateándome el cerebro al compás de una música infernal de campanillas. Por un instante me pregunté si aquello no formaría parte de mi triunfal recibimiento en los antros de Satanás. El equívoco duró hasta que mi desvaída mirada captó el anuncio luminoso de “Fajas y Sostenes Carmichael” a través del abierto balcón de mi aposento. Ello significaba que seguía viviendo en este mundo...

Tampoco estaba herido. De repente me acordé del cadáver. ¡Había desaparecido!

Caminando a gatas, lo cual ya era un triunfo de mi vitalidad, examiné el suelo. Ninguna mancha de sangre. ¿Sería todo producto de un ataque de “delirium tremens”?

Como pude regresé al diván y allí consulté la hora. Eran las diez y doce minutos. Dos horas me había durado la borrachera. Lo sentí principalmente por la mestiza. Era bonito hacerse la ilusión de que una criatura semejante pudiera existir en realidad.

La música de campanillas seguía atornillándose el cerebro. Reflexioné qué sería mejor para ahuyentarla, si un par de tabletas de aspirina o un trago de whisky... Me dije, sin embargo, que sería preferible descolgar el teléfono. Al hacerlo, la música cesó, transformándose en la excitada voz de Rinaldo Fells.

—¡Maldito seas, Strague! —vociferó—. ¡Nunca me pagarás bastante lo que estás haciendo conmigo! ¿Dónde diablo te has metido?

—Abrevia, Fells. Me hace daño oírte.

Soltó una imprecación que no es dable a la imprenta. Luego oí

cómo mandaba al diablo a Lucy, y por fin tornó a la sensatez.

—Estuve en la calle Treinta y Cinco. Por delante de mí pasaron infinidad de mujeres con “sweters” de todos los colores, pero esa tal Ira Lewis no se me apareció por ninguna parte. En cambio me tropecé con un tipo que me confundió contigo e intentó una tontería. Luego tuve un lío con un policía que nos quiso arrestar a los dos con el vulgar pretexto de que alterábamos el orden público. Por milagro pude convencerle, pero en la confusión el fulano se me escabulló.

—Muy propio de ti, Fells. Si existieran grados de pureza de imbecilidad te calificaría en primera categoría.

Le oí el resuello. Debía estar ahogándose de rabia.

—¡Si no te precipitaras no meterías la pata! —exclamó—. Te he dicho que se me escapó, pero le volví a encontrar tres calles más abajo. Le tengo aquí. ¿Me oyes? ¡Aquí, con Lucy y conmigo! ¡Tres en luna de miel! ¡Ojalá se te trague el infierno!

—Perdona, Fells. Los hombres como tú son la médula de la nación. ¿Cómo se llama ese tipo?

—Cramer; Budd Cramer, según su pasaporte. Te doy un cuarto de hora de tiempo para que vengas a recogerlo. Si no lo haces, soltaré a Cramer y le daré diez dólares para que beba champaña rosa a nuestra salud. Elige.

—Está bien. Iré.

Colgué el teléfono y probé a ponerme en pie. Lo conseguí con mediana soltura. Me iba recuperando deprisa.

Mientras me duchaba fui pensando en todo lo ocurrido. No había sido un sueño lo de la mestiza y lo del asesinato perpetrado en mi aposento. Realmente la palabra asesinato no era la adecuada, puesto que ella solo hizo que anticiparse al individuo. Pero eso lo tendría que decidir el tribunal que en su día la juzgara. Lo que más me intrigaba era la desaparición del cadáver y de todo rastro de sangre. Alguien había trabajado deprisa y muy eficientemente. Luego pensé en la actitud de la hermosa mestiza para conmigo. Era evidente que me quiso quitar de en medio... momentáneamente, utilizando para ello una pistola de gases. El olorcillo a monóxido de carbono que aún perduraba en la casa así lo demostraba. Pero entonces, ¿por qué afirmó que me iba a matar? El pensamiento de que se equivocara de revólver no me hizo ni pizca de gracia.

Volvió a sonar el teléfono. Medio envuelto en la toalla de baño regresé a la habitación y descolgué el auricular. Era el patrón.

—Necesito verle inmediatamente, Strague. Deje todo lo que tenga que hacer y véngase.

Le pregunté si no le daría lo mismo una hora más tarde, pero el patrón me disuadió empleando términos no muy elegantes. Después me facilitó la dirección en la que habríamos de vernos.

La noche se estaba poniendo cada vez más interesante. La verdad era que Peterkin había organizado a conciencia aquel conflicto.

Al pasar por el recibidor para salir a la calle, eché un vistazo al calendario. Estábamos a lunes. Según el doctor Pool, el domingo siguiente quizá no sería un día muy grato para mí. Así es que me quedaban cinco días por delante, calculando con optimismo, para cancelar todos los asuntos pendientes.

Un cuarto de hora más tarde, aparcaba mi automóvil frente a una droguería de Farrell Street. La calle estaba desierta y silenciosa.

Encontré la puerta de la droguería abierta. No había luz en su interior. Entré y cerré tras mí. Aquel era uno de tantos refugios del patrón; uno de tantos que yo desconocía pese a los muchos años que llevaba trabajando con él.

Oí su voz invitándome a pasar y acto seguido se encendió una lucecilla al fondo. El patrón se hallaba sentado frente a un pupitre lleno de libros de contabilidad. Al verme sonrió y me invitó a tomar asiento.

—Otra vez a las andadas, Strague —dijo—. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos?

Arrastré la silla y me acomodé frente a él.

—Medio año —repuse—. Desde el asunto aquel de Marco Vinicio. Le encuentro más joven. ¿Es que se ha enamorado?

El patrón volvió a sonreír. Su amplia faz de boxeador retirado adquirió una cierta expresión de escepticismo.

—Nosotros no tenemos edad, Strague. Cualquier día nacemos y cualquier día morimos. Pero nos gusta eso, ¿verdad?

—Supongo que todos estamos un poco locos. A veces pienso que debe ser muy aburrido estar completamente cuerdo.

El patrón me miró con fijeza. Había desaparecido su sonrisa de

bienvenida y ahora se veían arrugas de preocupación en su frente.

—Estamos en un mal paso, Strague —dijo tras encender un cigarrillo—. Mucho me temo que Peterkin se haya pasado al enemigo. Casi me consta con seguridad.

—Eso es tan increíble como que usted o yo hubiéramos echado toda la sal al mar.

—Sin embargo, así es. Claro es que puede tener una justificación.

—¿Cree usted que la traición es justicia?

El patrón se reclinó en el asiento y se mordió los labios.

—Un millón o dos de dólares lo justificaría todo —contestó con amargura—. ¿Se los han ofrecido alguna vez a usted?

—Jamás.

—Pues a Peterkin le han debido hacer una oferta semejante. Quien dice uno o dos millones dice cinco.

—¿Tan importante es?

El patrón asintió.

—Hace una semana robaron en Inglaterra unas fórmulas revolucionarias, tan importantes que el Gobierno británico decretó la pena máxima como castigo a la persona que osase revelar siquiera la denominación del proyecto. Esas fórmulas han llegado a Estados Unidos, a Nueva York para ser más precisos. Inmediatamente, el “Intelligence Service” me dio instrucciones concretas para localizar al agente que las portaba. Yo encomendé la misión a nuestro mejor hombre, a Peterkin. No he vuelto a tener rastro de él, a pesar de tenerle ordenado que cada diez horas, como máximo, se pusiera en contacto conmigo.

—¿Cuándo fue eso?

—¿El qué?

—Su contacto con Peterkin.

—Hace tres días.

—¿No cabe la posibilidad de que le hayan “victimado”? —inquirí para tantear la opinión del Patrón.

—Me consta que le han visto recientemente —denegó él—. El asunto es muy grave, Strague. Por dos cosas. Una, por la enorme importancia de los documentos y por el desastre tan tremendo que supondría el que llegasen a manos de cualquier potencia extranjera.

Otra, porque el “Intelligence Service” depositó toda su confianza conmigo y yo se la he defraudado encargando el trabajo a un hombre que suponía incorruptible... y que no lo es.

—Es grave, desde luego —concedí reflexionando sobre los recientes acontecimientos—. ¿Y qué es lo que quiere de mí?

—¿Que qué es lo que quiero? —el patrón compuso una de aquellas sonrisas suyas que solo prodigaba cuando sentía el silbido de la guadaña por encima de su cabeza—. Quiero que encuentre a Peterkin y que me lo traiga. Si no es esta noche, que sea mañana. Vivo o muerto. Preferible vivo. Y si se resiste... No importa que sea su amigo, Strague. Búsquele desesperadamente, registre todas partes, no escatime dinero ni esfuerzos. ¿Comprende? ¡Es cuestión de vida o muerte para la civilización de Occidente! Está en juego mi reputación... Confío en usted, Strague.

—¿Aun suponiendo que me ofrecieran un millón de dólares?

El patrón me miró de un modo extraño; tan extraño que me dio la sensación de que leía mis pensamientos.

—Yo sé que es usted incorruptible —replicó fríamente—. ¿Me equivoco?

—No.

Encendí un cigarrillo y me puse a pensar en si sería conveniente revelarle lo que yo ya sabía. Decidí que no, por el momento. Así podría trabajar con más libertad y siguiendo mi propia iniciativa.

Se me ocurrió hacerle una pregunta al patrón para averiguar qué otras medidas había tomado con respecto a Peterkin.

—¿No cabe la posibilidad de que Peterkin haya salido de la ciudad?

Los grises ojos del patrón refulgieron como lagos de hielo.

—Es difícil. Todas las salidas están tomadas. Hasta disfrazado de sátrapa le localizarían si intentara semejante tontería.

—Bien. Deme datos para buscarle.

—¿Recuerda el “Superconstellation” que se estrelló la semana pasada frente a las costas de Lynn?

—El avión que hace la travesía Londres-Nueva York —asentí—. Lo recuerdo.

El patrón aplastó su colilla contra la bruñida superficie del cenicero.

—Solo hubo cuatro supervivientes —manifestó—. Uno de ellos era el portador de los documentos robados, pero no sabemos cuál. Ahora están los cuatro en Nueva York. Dos hombres y dos mujeres. Natham O'Day, famoso cazador inglés, que ha venido a organizar un “safari” en tierras de Kenya por cuenta de la multimillonaria americana Doris Luce. Ese es uno. El otro es Urbie Rushton, norteamericano, escritor de novelas policíacas, y uno de los héroes del desembarco de Pamung. Las profesiones de las mujeres también son algo curiosas. Kerima Shalam es danzarina de “night club”. Es francesa, pero tiene sangre árabe en las venas. Una belleza indiscutible y con un pasado muy, cómo diríamos, enigmático... Podría ser muy bien un agente secreto. Y solo falta por describirle a Cora Kórene. Domadora de tigres. Ha venido a cumplir contrato con el “Ziegfeld Circus”. Todos tienen justificado su viaje a los Estados Unidos. Sin embargo, Peterkin desapareció a raíz de ponerse en contacto con ellos. Eso significa que dio con la pista de lo que buscaba. Ahora le toca a usted hacer el mismo trabajo que él, pero un poco más complicado. Son las once de la noche. Dentro de cinco minutos puede comenzar.

Me puse en pie.

—Le telefonaré en cuanto sepa algo. ¿Alguna cosa más?

El patrón se levantó. Una vez más me dio lástima comprobar lo que la guerra había hecho de él. Quieto y erguido no se le notaba. Pero al caminar, su cuerpo acusaba los efectos de las tremendas mutilaciones. Y aún podía dar gracias a que aquella granada “nazi” le hubiera respetado una de sus piernas.

—Tenga cuidado, Strague —me advirtió ya en la puerta—. Es muy posible que ya haya media docena de países a la caza de los documentos. Tropezará con espías por todas partes. Desconfíe hasta de sus zapatos. ¡Ah! Otra cosa: quizá se encuentre también con una chica rubia, muy atractiva, cuyo nombre es Tangier Rocca. Trabaja con nosotros.

Sonreí con sarcasmo.

—De modo que no soy yo el único, ¿eh?

El patrón me devolvió la sonrisa.

—Ya le dije que habíamos tomado precauciones —contestó.

Un minuto después estaba en la calle. Primeramente me dirigí al edificio donde yo vivía e interrogué al portero. Necesitaba saber

cómo habían sacado el cadáver. Empleé el máximo tacto en las preguntas.

—Sobre las nueve de la noche vino una ambulancia para llevarse un enfermo de la planta veintidós. Un caso urgente. Creo que se trataba de apendicitis.

—¿Recuerda por quién preguntaron?

—Solo dijeron que iban a planta veintidós —insistió el conserje—. Me pareció que era un vehículo oficial y por eso me abstuve de hacer más averiguaciones.

Un detalle significativo de la eficiencia con que trabajan los merodeadores de Peterkin. Porque, a pesar de la opinión del patrón, yo no creía que fuera un traidor. El ojo del patrón era infalible, pero muchas veces fingía posturas erróneas con fines que casi siempre conducían al éxito. Esta podía ser una de sus posturas.

Consulté el reloj. Fells debía estar desesperado por mi tardanza. Para mis adentros sonreí, pensando en lo complicada que estaba resultando su luna de miel. Pero también podía haber escogido otro día para casarse, me dije con cierto rencor.

Fells vivía en Players Street, en un edificio nuevo desde el que se dominaba el pintoresco Barrio de los Italianos.

El ascensor me dejó en el séptimo rellano. Había once puertas. La de Fells era la última a mano derecha. Al ir a pulsar el timbre comprobé que la puerta estaba entornada.

Por instinto me tanteé la sobaquera. Luego empujé despacio y me colé dentro. El silencio era tan denso que mis pies crujieron al pisar la mullida alfombra del recibidor. Todas las luces de la casa estaban encendidas.

Llamé a Fells. Primero con suavidad. Luego a gritos.

El silencio fue la respuesta. Un hormigueo desagradable recorrió mi espina dorsal. No soy ningún adivino, pero tengo la facultad de presentir las cosas aparejadas con el peligro.

Caminando con la suavidad de un gato llegué hasta la puerta del aposento principal. La abrí de golpe.

Fells y Lucy yacían en el suelo con la cabeza destrozada a balazos. Uno de los peores espectáculos presenciados por mí.

—Ahora jugaremos usted y yo.

La voz sonó a mis espaldas. Rápido como un rayo me llevé la

diestra a la sobaquera, pero un contacto helado en la nuca me hizo desistir.

—Vuélvase.

Me volví lentamente, bajando las manos.

Un individuo vigoroso, de mandíbulas pronunciadas y ojos negros, me apuntaba con un revólver “Folker 34” de cachas nacaradas. Su sonrisa equivalía a una sentencia de muerte.

—Ha querido ser demasiado listo, Strague —dijo irónico—. ¿No le parece?

Reconozco que me impresioné un poco. Por la muerte de Fells y de su mujer... y porque el revólver con que me apuntaba Budd Cramer era el arma predilecta de Peterkin. Su propio revólver.

Capítulo III

“DADOY”

—**U**STED se portará como un buen muchacho y se vendrá conmigo —dijo Cramer guardándose mi revólver—. Tenemos muchas cosas que aclarar antes de que el juego termine.

—Infinidad de cosas —respondí—. Una de ellas es cómo se las arregló usted para liquidar a mis amigos. Porque supongo que no lo haría usted solo.

Cramer sonrió por el lado izquierdo de su boca.

—Desde luego que no. Llamé a un hipnotizador para que les convenciera de que debían matarse. ¿No lo ve?

La chanza de Cramer estaba asentada sobre la base de que Rinaldo Fells sujetaba un revólver entre los crispados dedos de su diestra. Un detalle que a nadie convencería, pero que evidenciaba el macabro sentido del humor de Cramer.

—Muy ingenioso —concedí—. Probablemente no estará muy lejos el día en que usted mismo se hipnotizará... con el revólver de Peterkin.

—¿Lo reconoce? —Cramer volvió a sonreír—. Siempre anduve detrás de un juguete como este. Fue su hacha de guerra en mil batallas, ¿no? Me lo regaló... Peterkin y yo somos buenos amigos. Pero no perdamos tiempo. Salga delante de mí. Y no intente utilizar su listeza.

La advertencia era inútil puesto que yo estaba dispuesto a continuar el juego hasta el final. Ahora ya no se trataba de participar en él como uno de tantos peones movidos por la diestra mano del patrón. Ahora pesaban sobre mi conciencia dos crímenes. Cramer solo había hecho que apretar el gatillo, mientras que yo había sido quien escogiera las víctimas. Aquella misma tarde había

sentido envidia hacia el pobre Fells; envidia por su exuberante salud y por su luna de miel. ¡Con cuánta razón me maldijo!

Mientras Cramer y yo bajábamos en el ascensor, formulé el inquebrantable juramento de que no habría paz en el cielo ni en la tierra hasta que con mis propias manos arrancara el corazón del rufián que se escondía tras este condenado juego.

Siempre con Cramer a mis espaldas subí a un “Pontiac” aparcado dos esquinas más abajo. El conductor, un hombre joven y de rostro vicioso, apenas si se giró para vernos entrar. A una orden de Cramer puso el coche en marcha y torció hacia el mercado de Globe Leicester.

Puesto que la perspectiva de la muerte no podía asustarme, me sentía extraordinariamente tranquilo. Mi mente estaba clara y diáfana. Conforme el coche se deslizaba, veloz, por las desiertas avenidas fui tratando de ajustar las dispersas piezas del rompecabezas. No era muy complicado. A Peterkin le habían encomendado el rescate de ciertos documentos muy valiosos, lo que sin duda consiguió muy pronto, tal como era de esperar en él. Luego podían haber sucedido dos cosas: que Peterkin se los hubiera apropiado para venderlos a ciertos agentes determinados y que estos no hubieran jugado limpio con él, o que le habían dado caza aquellos mismos a quienes Peterkin les robó los documentos antes de que tuviera tiempo de entregarlos al patrón. Esto último era lo más probable e inducía a pensar, conociendo bien a Peterkin, que este había defraudado a sus captores escondiendo el objeto de la búsqueda y solicitando de paso mi ayuda. Solo había algo que no encajaba en el cuadro: la mestiza. Ahora ya sabía yo quién era esta, o por lo menos me parecía adivinarlo, ya que su personalidad se ajustaba a la que el patrón me describiera como uno de los supervivientes del “Superconstellation” accidentado en las costas de Lynn. Su nombre era, pues, Kerima Shalam y su profesión danzarina de “nigth club”.

Hasta aquí las deducciones podían ser relativamente exactas. Lo demás iba a tardar muy poco en averiguarlo.

El vehículo se detuvo al final de un embarcadero situado en la última encrucijada del muelle de Poniente.

—Apéate y dile a Finch que vaya soltando las amarras —ordenó Cramer al conductor—. Dos silbidos cortos indicarán que estáis a

punto.

El conductor se apeó y Cramer y yo quedamos solos. Aquella habría sido una excelente ocasión en cualquier otro momento de mi vida. Cramer podía ser peligroso, pero yo no hubiera tenido dificultades para “manejarlo” a mi antojo.

Pareció adivinar mis pensamientos pues acentuó la presión del revólver en mis costillas y dijo:

—No lo haga, amigo. Podría empeorar su salud.

Me eché a reír. ¡Qué sabía él de mi salud! Cramer jamás sabría que todas las amenazas del mundo no poseían ya ningún significado para mí.

Sonaron dos suaves silbidos. Cramer abrió la portezuela y me invitó a salir. Cinco minutos después me hallaba a bordo de una pequeña embarcación motora que surcaba las aguas hacia las afueras del puerto. Finch, su piloto, era un hombre grueso, de unos cincuenta años, ataviado con camisa y pantalones de sarga azul y gorra de marinero.

El trayecto fue corto y nadie habló durante él. A través de la bruma que cubría la totalidad del estuario se reflejó de pronto la fosforescencia de un alargado yate de recreo. Las olas golpeaban con suave rumor contra los costados. Finch cortó el encendido del motor y tiró las amarras hacia la borda del yate, donde alguien las recogió y largó, a cambio, una escalerilla de nudos.

—Arriba, amigo —me invitó Cramer—. Vamos a celebrar una fiesta en honor de usted.

Podría jurar que se sorprendió al ver que mi sonrisa no era la de un hombre asustado.

—No sabe cuánto le agradezco la deferencia, Cramer —contesté—. Siempre he soñado con asistir a uno de esos saraos que los multimillonarios organizan en sus yates. ¿Cree usted que encontraré una pareja a mi gusto?

El lado izquierdo de la boca de Cramer se torció en otra de sus raras sonrisas.

—Seguro que sí. Y la música también le agradará.

—Corte la conversación, Cramer. Llevo dos horas esperándole.

La voz había surgido de las alturas. Una voz algo ronca pero con matices bien definidos. Un locutor de radio inglés no habría

alcanzado quizá tanta pulcritud en la dicción.

Cramer me tendió la escalerilla y yo trepé rápidamente hasta la cubierta. Allí me esperaba un hombre, revólver en mano, cuya mirada me escudriñó a través de las sombras. Era el sujeto más raro que había visto en mi vida. Excesivamente delgado, de facciones alargadas y nariz de halcón, renegrido por el sol y con una tremenda cicatriz desfigurándole la mejilla derecha, el tipo era de los que uno jamás puede olvidar. Su cabello, peinado en elegante desorden, era una incongruente mezcla de mechones blancos y negros. Tenía los ojos negrísimos y sus labios se curvaban en cruel y cínica mueca. El individuo, sin embargo, poseía una innata distinción, un algo que a las mujeres agradaría sin duda.

—Buenas noches —saludé con refinada cortesía—. ¿Cómo se encuentra, señor...?

—Puede llamarme Excelencia —condescendió el individuo irónicamente—. Algunos amigos muy íntimos también me denominan “Daddy”.

—De acuerdo, “Daddy”. Espero no molestarle con esta visita a horas tan intempestivas.

—¡Oh, no! —respondió “Daddy” echando una rápida ojeada por encima de mis hombros a los que acaban de subir—. Tenga por seguro que usted no nos proporcionará molestias de ninguna clase. Oiga, Cramer, dígame a Finch que ya puede marcharse. Usted, Cheyney, vaya a la casilla y espérenos allí.

Cramer obedeció y un minuto más tarde volvían a oírse los escapes de la lancha motora. Con la mirada muy fija, “Daddy” contempló cómo la embarcación se alejaba sobre las oscuras aguas.

—Bien —dijo al cabo de unos segundos—. Acompañenos.

Mientras me conducían a la casilla de proa pude examinar a mis anchas la cubierta de aquel magnífico yate. Este no era muy grande, pero en todos sus detalles se advertía el exquisito gusto del constructor y el despilfarro ornamental de “Daddy”, quien supuse sería el dueño. Una verdadera joya en miniatura.

Cuando entré en la casilla, Cheyney, o sea el chófer del vehículo que me llevó hasta el puerto, comprobaba con un voltímetro las tensiones de un extraño artefacto provisto de dos electrodos en forma de ramales que iban a morir en un casco parecido a los que usan los motoristas. Al verme, Cheyney compuso una sonrisa que

no me gustó lo más mínimo.

—Siéntese —ordenó “Daddy”, señalándome un amplio sillón tapizado en cuero rojo—. Puede fumar si lo desea.

Cramer y “Daddy” ocuparon butacas opuestas a mi asiento. En medio había una mesita con un licorero, varios vasos de cristal tallado y una cigarrera de marfil. Por lo pequeño y coquetón, el lugar era sumamente acogedor. Desde mi sitio podía contemplar a través del ojo de buey las difusas luces de los tinglados portuarios.

Tomé un cigarrillo y Cramer me lo encendió. Él y “Daddy” seguían apuntándome con sus respectivos revólveres, lo cual era un reconocimiento tácito de lo que podían esperar de mí.

—Bien... bien... —murmuró “Daddy”—. De modo que usted es Robert Strague. Su amigo Peterkin nos facilitó amplias referencias tuyas. Referencias impresionantes y que inducen a creer en la exageración. No, no me dé las gracias. Entre caballeros los cumplidos sobran.

Di una chupada al cigarrillo, un “Hiare” egipcio, y me retrepé más cómodamente en el asiento.

“Daddy” consultó su reloj de pulsera.

—Abreviaremos en lo posible —dijo—. Peterkin nos dijo que tenía usted unos documentos que particularmente me interesan recobrar. Por las circunstancias en que nos hizo su declaración, no albergo la menor duda de que fue sincero. Sobre las ocho de esta tarde envié a un amigo a su apartamento con instrucciones muy concretas. Dicho amigo no ha regresado todavía. Quiero saber lo que le ha ocurrido.

Me encogí ligeramente de hombros.

—Quizá su amigo prefiriera irse al cine o tal vez haya sufrido un síncope en las aglomeraciones del “metro” —repliqué muy serio—. Es posible también que la policía le confundiera con un gorila escapado del “Zoo”, en cuyo caso tendrá usted dificultades para recuperarlo.

Un fuerte chasquido eléctrico saltó del mecanismo que estaba manipulando Cheyney.

“Daddy” sonrió.

—El humorismo me agrada en todas sus manifestaciones —declaró—. Mi país ha dado al mundo grandes humoristas,

seguramente los mejores. Por tales causas me hallo en excelentes condiciones de apreciar el mérito de sus chistes. Sin embargo, me disculparé que no me ría ahora.

—Usted no debiera reírse nunca —le repliqué—. No le sienta bien. El individuo que le estropeó la cara le quitó toda posibilidad de sonreír airosamente.

Cramer palideció un poco y Cheyney hizo saltar otro chispazo de los electrodos.

—Estoy de acuerdo con usted, Strague —dijo “Daddy” sin inmutarse—. Pero el que hizo esto ya no existe y por lo tanto es innecesario que le alabe usted. ¿De modo que se niega a decirme lo que le sucedió a mi amigo?

—Usted sabe perfectamente que Peterkin me citó en un lugar determinado y que por tal motivo tuve que salir de casa antes de que su amigo llegara.

—Usted no fue a ninguna cita.

—Esa es una afirmación gratuita —respondí.

—Completamente. Pero cierta.

—Sobre ese punto podríamos estar discutiendo hasta la Nochevieja próxima.

—Conforme. Sin embargo, siento decirle que no entra en mis planes el mantener ningún género de discusiones con usted. Tenga presente que le estoy interrogando pacíficamente y que prefiero no utilizar a Cheyney para lograr sus respuestas correctas.

Me sonreí y miré a Cheyney.

—Debe darle las gracias, Cheyney. No todos los jefes pagan un salario a sus subordinados por no hacer nada.

—¡Basta de bromas! —“Daddy” me taladró con sus negras pupilas—. Entiendo que no quiere usted contestar a mi primera pregunta. Le haré la segunda y última: ¿Dónde están los documentos que Peterkin le entregó?

—En el fondo del mar, supongo. Así es como reza la canción. De todas maneras, si prefiere la contestación correcta, le diré que no tengo la menor idea de lo que me está hablando.

Los bordes de la cicatriz de “Daddy” adquirieron una fuerte tonalidad púrpura.

—Está bien —dijo con tono cortante—. Usted lo ha querido,

¿Cramer?

Cramer se levantó y pasó por detrás de mi sillón. Un instante después sentí su brutal manotazo debajo de mi nariz y la aplicación de un pañuelo impregnado de cloroformo.

Cuando recobré el conocimiento, mis brazos y tobillos estaban fuertemente asidos al sillón, de tal forma que me era imposible moverme. Por el reflejo del cristal de la ventanilla vi también que me habían aplicado el casco que manejara anteriormente Cheyney.

Cramer y “Daddy” ocupaban los mismos sitios que antes. El reloj de este último indicaba que solo había transcurrido un cuarto de hora desde que perdiera el sentido.

—Peterkin tampoco quiso hablar al principio —dijo “Daddy” sacudiendo la ceniza de su cigarrillo—. Vea, no obstante, cómo le convencimos.

Cramer alargó el brazo y puso en marcha un diminuto magnetofón.

En el silencio del compartimiento sonó la voz de Peterkin expresándose en parecidos términos a los míos. Luego se oyó a “Daddy” dando una orden a Cheyney. Un corto silencio y a continuación un alarido infrahumano que me erizó los cabellos.

—¡Hablaré!... ¡Por Dios, no sigan! ¡Quítenme esto de la cabeza!... ¡No puedo... no puedo resistirlo!”

Otro grito desgarrado y después un balbuceo ininteligible. No pude creer que Peterkin hubiese gemido y suplicado como una mujer. Sin embargo, acababa de escucharlo... ¡Y aún creía el Patrón que Peterkin había desertado de nuestras filas!

—Una tensión de doscientos cincuenta voltios no le producirá la muerte ni siquiera quemaduras visibles. Pero le hará sentir el haber nacido —se expresó “Daddy” con su afabilidad característica—. Está todavía a tiempo de ahorrar trabajo a Cheyney.

La sonrisa del aludido hizo revivir en mi interior todo el primitivo salvajismo que impele a los hombres a querer destrozar el mundo con las manos.

—¡Es usted un hijo de mil perras sarnosas! —le escupí a “Daddy” sintiendo un odio que me aniquilaba—. ¡Ensáñese conmigo hasta que reviente! ¡Pruebe a hacerme hablar, miserable borrón humano!

“Daddy” se levantó sonriente.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió suavemente.

—He dicho: “miserable borrón humano”.

Por tres veces la diestra de “Daddy” me golpeó la cara.

—Y ahora hablará —agregó volviéndose a sentar—. Ya puedes comenzar, Cheyney.

Cheyney apretó un botón. Desde la cabeza a los pies sentí como si mi sangre se hubiese convertido en plomo derretido. Los dientes me rechinaron y de mis dedos saltaron chispas. La horrible sensación debió durar una fracción de segundo, pero a mí me pareció que transcurría una eternidad hasta que volví a oír la voz melosa de “Daddy”.

—Le hice dos preguntas, Strague. Contéstelas.

Meneé la cabeza negativamente. Si Peterkin había resistido, yo también podría. Aunque me carbonizaran.

—Dale otra vez, bastardo —dije a Cheyney—. Me gusta...

La electricidad volvió a remover mis entrañas. Millones de calambres y punzaduras me hicieron retorcerme en una agonía indescriptible. Creo que lloré, maldije y supliqué hasta enronquecer. Cuando Cheyney desconectó la corriente, todo mi cuerpo estaba empapado en sudor.

—¿Ha dicho que estaba dispuesto a responder? —preguntó “Daddy”. Al contraluz de la lamparilla, su rostro tenía una expresión demoníaca.

Intenté despegar los dientes para sonreír, pero mis mandíbulas parecieron haberse unido para siempre. Entonces moví la cabeza de derecha a izquierda.

—Es usted más duro todavía que Peterkin —manifestó “Daddy”—. O tal vez es posible que no sepa nada. Aumenta a trescientos voltios, Cheyney, y mantén el contacto durante quince segundos.

Cerré los ojos y relajé el cuerpo. La siguiente descarga la percibí solo en su iniciación. Luego me desmayé.

Cuando volví en mí me hallaba en la proa, junto a la borda. Cramer me ayudó a incorporarme. Tenía una doble soga atada a mi cintura y de uno de los cabos pendía un ánclora pequeña.

Cheyney y “Daddy” fumaban a corta distancia de mí.

—Me inclino a pensar que Peterkin no le confió los documentos —dijo “Daddy”—. Fue listo sin duda alguna poniéndonos sobre una pista falsa. Lo lamentable es que usted pague el precio de su listeza. Aún tiene una oportunidad, Strague, de demostrarnos que su amigo no le metió en el atolladero por nada. Dentro de un minuto, su cuerpo se hundirá en las aguas. Observe otro de los ingenios de Cheyney. Una doble sogá corrediza, un ánchora y un simple empellón. El juego es muy sencillo. Usted se hundirá en el mar arrastrado por el lastre, permanecerá durante un cuarto de hora en el fondo y luego subiremos el ánchora sola. Cuando hallen su cadáver, el dictamen médico será muerte por asfixia. Suicidio o accidente.



—El dictamen médico será muerte por asfixia...

Aquello era mucho más ingenioso de lo que “Daddy” suponía. Mi suicidio sería aceptado como la cosa más natural del mundo después que el doctor Pool revelara mi enfermedad a la policía. Así eran los caprichos del Destino.

Bueno, ¿y por qué no acabar de una vez? ¿Acaso el Sol, la Tierra y las estrellas no continuarían girando igual que hasta ahora? ¿Qué éramos el patrón, Peterkin, yo, e incluso toda la dinastía de gobernantes que dirigían el Gran Juego desde sus

cómodas poltronas? ¡Nada! ¡Insignificantes microorganismos vegetando sobre un grano de polvo! Al diablo con todo, si aún podía yo decir adiós con una sonrisa en los labios.

—Bien, muchachos —dije alegremente—. ¿Qué esperáis? ¿No habéis pagado por el espectáculo? ¡Adelante, pues!

Un poco impresionado, Cramer se acercó para comprobar la firmeza del lazo corredizo. Tanteó los nudos con la mano izquierda mientras su diestra me apuntaba con el nacarado revólver de Peterkin.

—Solo la primera impresión es la desagradable —dijo para consolarme—. Después dicen que no se nota nada...

Rinaldo Fells y Lucy estaban en mi pensamiento cuando disparé contra el rostro de Cramer el más formidable puñetazo que jamás asestara. Todos los huesos de su cabeza crujieron como una cáscara de nuez al ser pisada. Vomitando sangre a borbotones, Cramer se derrumbó a mis pies. Su revólver rebotó en el suelo y fue a parar a más de diez yardas de nosotros.

Se produjo un silencio escalofriante mientras yo sonreía a Cheyney y a “Daddy”.

—Gracias por haberme permitido saldar esta cuenta —dije—. Me juré a mí mismo que Cramer no volvería a cometer más asesinatos.

“Daddy” se agachó y recogió uno de los cabos de la soga que me ligaba. Después dio un fortísimo tirón que me hizo dar de bruces en el suelo. Un segundo más tarde algo golpeaba suavemente mi cabeza.

Medio en sueños sentí cómo me izaban por la borda y luego el frío contacto de las aguas.

La helada sensación despejó mi mente mientras descendía muy deprisa, arrastrado por el peso del ánora. El agua inundó mis pulmones produciéndome horribles espasmos. Jadeé y pataleé inútilmente. A Dios rogué con desesperada vehemencia que me perdonara mis pecados. Quería morir en paz conmigo mismo. El arrepentimiento se fundió con mi lenta agonía.

Unas algas espinosas me arañaron el rostro al tocar fondo. Nauseabundos tentáculos envolvieron mis piernas. Apenas sentía molestias. Cramer tenía razón en las últimas palabras de su existencia. No se notaba nada, absolutamente nada.

Capítulo IV

TANGIER ROCCA

FUE la tercera vez que recobré el conocimiento aquella infernal noche.

Estaba tan débil y desmadejado que el abrir los ojos requirió un esfuerzo enorme. Alguien me ayudó a medio incorporarme.

A través de las brumas de mi mente percibí un rostro adorable enarcado en una cabellera de oro.

—¡Diablos! —jadeé fatigosamente—. ¿Estoy soñando?

—¿No le parece que es una forma un poco atea de resucitar? —preguntó una voz que sonaba como el fru-frú de la seda.

Mi visión se aclaró lo suficiente para comprobar que me hallaba tendido sobre una litera de camarote. El inmaculado blanco de las paredes me hizo daño a los ojos.

—¿Quién es usted? —pregunté a la hermosa joven que me contemplaba curiosamente desde una banqueta próxima.

—Mi nombre es Tangier Rocca —repuso—. Pero eso a usted no le dice nada.

—Al contrario. El patrón me advirtió que seguramente me tropezaría con usted un día de estos. Claro es que se olvidó de explicarme cómo tendría lugar la presentación.

Tangier sonrió mostrando unos dientecitos como perlas.

—El patrón desconoce sus aficiones acuáticas. ¿Cómo lo pasó por ahí abajo?

Saqué los pies fuera de la litera y me senté. Toda mi ropa estaba empapada en agua. El reloj de la mesita de noche marcaba las dos y diez.

—Mejor será que me cuente lo ocurrido —solicité—. ¿Tiene un cigarrillo?

Tangier se levantó y entonces me di cuenta de que iba vestida con un albornoz de hombre. Al adelantarse para tomar un paquete de cigarrillos de una estantería, me dejó ver una pierna muy bien moldeada. Desde luego Tangier era una mujer dotada de exquisiteces poco comunes. Empecé a sentir fuerte interés por ella.

Me colocó un cigarrillo en la boca y luego lo encendió. El roce de su dorada cabellera en mi mejilla me produjo un calorcillo confortante.

—La historia es corta —dijo volviéndose a sentar—. El patrón me llamó esta tarde para decirme que le iba a encomendar a usted un trabajo sumamente delicado. Quería que yo le vigilara. Cuando usted fue a la droguería yo estaba allí y pude verle. Después le seguí hasta su apartamento y más tarde hasta Players Street, de donde salió escoltado por ese tal Cramer. Enseguida me di cuenta de que le iban a apretar los tornillos. No tuve más que seguir al “Pontiac” de Cramer para llegar al embarcadero. Lo demás fue un poco más complicado porque tuve que ir nadando hasta el yate y la niebla me desorientó varias veces. Sin embargo, usted me ayudó bastante a localizarlo.

—Oyó mis gritos, ¿no?

Tangier asintió.

—Luego me costó algún trabajo subir a bordo. Suerte que nadie más había aparte de ustedes. En ocasiones estuve tentada de penetrar en la casilla de proa y poner fin a la fiesta. Preferí, sin embargo, contener mi impaciencia y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Escondida tras un bote de salvamento, presencié cómo usted le daba su merecido a Cramer y como le arrojaban al agua. Entonces disparé contra uno de los individuos. El otro, el de la cicatriz en la cara, saltó por encima de la borda y desapareció en el mar. Entre perder el tiempo disparando contra las sombras y salvarle a usted, me decidí por lo último.

—Lo cual supone una hazaña considerable —comenté admirado.

—Pues sí. Realmente no puedo aplicar la modestia para referir cómo me las compuse para encontrar un cuchillo, bucear en la oscuridad, cortarle las ligaduras y remontarle a la superficie; todo ello en el corto espacio de un par de minutos. La suerte principal de usted es que Cramer llevaba en su bolsillo una pequeña daga

egipcia. Sí, creo que usted es un hombre afortunado...

Di una chupada al cigarrillo y exhalé el humo despacio.

—¿Y ahora, qué? —pregunté.

Captando mi mirada, Tangier cruzó cuidadosamente los pliegues del albornoz.

—¿No es usted un poquitín sinvergüenza? —censuró maliciosamente.

—No mucho —respondí—. El hecho de que me haya salvado la vida debía obligarla a besarme.

Eché hacia atrás su cabeza y sonrió.

—Jamás he besado a ningún hombre —repuso—. ¿Por qué ha de ser usted el primero?

—Suponga que lo necesito como una medicina, como un calmante para mis nervios. No puede usted imaginarse lo que he sufrido esta noche.

—¡Pobrecito! ¿Quiere un par de aspirinas?

—Tiene usted unas ideas muy anticuadas sobre la terapéutica. Lo siento de verdad, Tangier. Pensé que era una muchacha perfecta.

—Si le doy un beso, ¿lo seguirá creyendo?

—Palabra de honor.

Tangier se levantó y dibujó el esbozo de un beso sobre mis labios. Fue un esbozo, y cruel, además, porque ni me rozó. Después me contempló con arrobo.

—Es usted un hombre entero, Strague. Nunca me he emocionado tanto como cuando vi su alegría al enfrentarse con la muerte. De veras que no creí existieran seres como usted. ¿No le importaba realmente morir?

—Aún no la había conocido, Tangier. Ahora sí me importaría.

Hasta el camarote llegó el apagado runruneo de una lancha a motor que se aproximaba. Pensé en “Daddy” inmediatamente.

—Telefoneé al patrón informándole de lo sucedido —declaró Tangier—. Dijo que él se encargaría de todo y que pronto vendrían a por nosotros. ¿Se encuentra en condiciones de subir a cubierta?

Le contesté afirmativamente.

En cubierta hacía un frío bastante intenso. La niebla envolvía todo el estuario y apenas sí se distinguían las luces de los tinglados.

Encontré el revólver de Peterkin en el mismo lugar donde cayera. Un poco más lejos estaban los cuerpos de Cheyney y Cramer.

Tangier se había alejado y se apoyaba en la borda escudriñando atentamente el mar. Su figura, revuelta la cabellera por la brisa, resultaba espléndida.

A los pocos minutos, la lancha emergió de entre la niebla y cesaron los escapes de su máquina.

Eran los hombres que el patrón enviaba para hacerse cargo de la situación. Entre ellos reconocí al capitán Savarin, de la Brigada de Homicidios.

—Hola, Strague —me saludó afectuosamente—. ¿Qué tal por aquí?

—¡Magnífico! Una noche deliciosa. No faltó más que música de violines y unas cuantas odaliscas para amenizar la velada. ¿Cuántos hijos tiene ya, Savarin?

—Once. Una patrulla completa.

—Le compadezco. De todas maneras, no se desanime. Es usted joven todavía.

Savarin me golpeó la espalda y me dijo al oído un chiste irreproducible.

Tres cuartos de hora más tarde, logré la dicha de meterme entre mis propias sábanas, con el revólver de Peterkin debajo de la almohada.

Capítulo V

KERIMA

EL patrón me concedió audiencia a las seis de la tarde del día siguiente. Le conté todo. Por su forma de formular las preguntas, comprendí que Tangier Rocca ya le había informado. En cambio, se llevó una buena sorpresa cuando le referí la visita de Kerima Shalam y lo que de ella se derivó.

—Creo que ya se lo dije —manifestó el patrón, con amarga ironía—. Medio mundo del espionaje anda detrás de esos documentos. Existe una terrible conmoción en las esferas gubernamentales. El “Intelligence Service” me ha vuelto a apremiar. ¡Como si yo pudiera arreglarlo todo con solo sonarme la nariz!

—¿Todavía cree que Peterkin nos traicionó?

—He investigado acerca del yate —dijo él, olvidando mi pregunta—. Su dueño lo alquiló la semana pasada a Budd Cramer. Ahora andamos buscando a Finch Morgan, el individuo que les trasladó en la lancha motora. Ciertas informaciones le relacionan con Cramer.

—¿Quién es Cramer?

—Querrá decir quién era —corrigió el patrón—. Regentaba un garito de Harlem denominado “Coral Harrows”. Nada de particular en su conducta.

—¿Y Cheyney?

—Un número bajo. Apostador profesional muy conocido en todos los hipódromos del país. Frecuentaba el “Coral Harrows”.

—Nos queda, pues, “Daddy”. No aventuraré mucho al decir que también sabe usted quién es.

El patrón sonrió. De un bolsillo interior de la americana sacó

varias fotografías y escogió una para mostrármela.

—¿Es él? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo se ha dado tanta prisa para obtenerla?

—Es uno de los cuatro supervivientes del “Constellation”. Su nombre de pila es Natham O'Day y ostenta el título de marqués de Harfoshire.

—De modo que “Daddy” es el explorador contratado por Doris Luce... Bien, bien. Todo un marqués metido en las redes del espionaje.

—Su título no consta en el Gotha. Quiero decir que es falso.

—Supongo que a estas horas ya estará detenido.

El patrón compuso un gesto de benévola reprimenda.

—Mi querido Strague, no es usted ningún novato en el oficio para ignorar lo poco que se obtiene en estos casos aplicando los rutinarios métodos policíacos. La detención de Natham O'Day no nos llevaría a ningún sitio. Prácticamente, él está a oscuras, anda buscando lo mismo que nosotros y no lo ha encontrado aún. Mientras goce de libertad, todos sus afanes le guiarán hacia el objetivo común. Dejémosle actuar y sigamos sus pasos.

—Me agradaría vérmelas con él —dije—. No puede figurarse cuánto.

—Sí, me lo figuro —contestó el patrón—. Pero por ahora eso no ocurrirá. Tengo otros planes para usted. Kerima Shalam...

Y diciendo esto, el patrón me alargó otra de sus fotografías. No tuve ninguna dificultad para reconocer en ella a la hechicera mestiza de los ojos verdes.

—Ya veo que sabe de quién se trata —prosiguió—. Pues bien, ese será su campo de acción, por el momento. Averigüe para quién trabaja y qué nexo le une con Peterkin. Gánese su confianza, dele a entender que podría usted venderle algo que le interesa, y de paso sonsáquela con habilidad. Ella sabe dónde está Peterkin.

Por la forma en que se expresó el patrón, comprendí que no deseaba ser más explícito. Sin embargo, algo hormigueaba en mi conciencia impulsándome a ser curioso.

—Permítame solo un par de preguntas —dije, sonriendo—. Creo que me he ganado el derecho de saber el terreno que piso. ¿Supone que a Peterkin le han liquidado?

El patrón cerró los ojos y unas extrañas arrugas surcaron su frente.

—No lo sé —contestó, con voz apagada—. Anoche estuve examinando los archivos. Cosas que parecían casuales, ahora ya no lo parecen tanto. Ha habido muchas filtraciones desde dos años acá. Informaciones pasadas al enemigo, golpes frustrados, tropiezos de toda índole. Y siempre el nombre de Peterkin de por medio. ¿Comprende?

—Eso contesta mi segunda pregunta.

—Sí. Mi error fue no sospechar que Peterkin pudiera ser un agente doble. Todos nos equivocamos, Strague. Hasta yo que me tenía por infalible.

Nunca había visto al patrón tan derrotado. Al contemplarle me dio la sensación de que había envejecido mucho desde el día anterior. Su historial y su prestigio estaban a punto de derrumbarse. Él ocupaba uno de los más altos escalones en nuestra profesión y poseía en grado superlativo la mejor de las virtudes: el patriotismo.

Ya en la calle, mientras me dirigía al “Club 42”, donde actuaba Kerima Shalam, seguí pensando en el patrón.

Durante muchos años mis misiones concluyeron victoriosamente. Había habido muchos momentos difíciles, algunos desesperados. Pero siempre superé las crisis y ello se debía a la capacidad de él para olfatear el peligro. Un extraño tipo, mezcla de rudeza y cautela. Pero jamás descuidaba a su gente. Hacía todo lo que estaba en su mano por ellos y si perdía a alguno, sé a ciencia cierta que lo sentía de verdad. En ocasiones me he preguntado cómo sería él en la intimidad, si se permitiría alguna vez descansos, si se habría enamorado. Un enigma que yo jamás podría resolver.

El “Club 42”, situado en una travesía de la Quinta Avenida, era uno de esos lugares con personalidad. Un sitio de mucho ambiente que, por diversas razones, a uno le cautiva. No sé si me explicaré bien diciendo que era uno de esos lugares que despiertan gratos recuerdos aunque jamás se haya estado en él.

Casi todas las mesas estaban ocupadas, pese a lo temprano de la hora. Gente variada. Hampones, mujeres alegres, niños bonitos y honestas parejas de novios que gozaban sumergiéndose en un mundo muy cinematográfico. Una excelente orquestina de negros

tocaba sin interrupción aires de última moda. El “show” estaba anunciado para las siete y media, por lo que todavía faltaba un cuarto de hora para comenzar.

Ocupé una mesa cercana a la pista de baile y pedí al mozo que me sirviera una botella de whisky y otra de soda. Esto no era lo habitual en un sitio elegante, pero mi estado de ánimo, cada vez más propenso al pesimismo, necesitaba de fuertes dosis para templarlo.

Al cabo de cinco minutos vi a Kerima cerca del estrado de la orquesta. Vestía el mismo traje rojo y me pareció más hermosa aún. Contemplaba distraídamente a los bailarines y su pierna derecha marcaba levemente el compás de la música. Un bocado exquisito. Por unos instantes, la comparé con Tangier. Las dos mujeres me habían besado en el corto espacio de unas horas, lo cual era un récord que habría hecho palidecer de envidia al propio Casanova. ¡Qué distintas ambas! Tangier era la serenidad y el arrullo de una fuente a la luz de la luna. Kerima era la excitación y el torbellino de un torrente que lo invade todo. Se me dirá que esto es poesía pura. No lo niego, así como tampoco que el estampido de los cañones jamás ha rimado con las florituras verbales. Sin embargo, Tangier y Kerima rimaban con todo, incluso con la muerte.

Los verdes ojos de Kerima me descubrieron cuando acabé mi segundo vaso de whisky. Inmediatamente bordeó la pista y se vino hacia mí. Su cuerpo era una escultura viviente que se balanceaba al compás de melodías solo soñadas. Más poesía...

Sin dejar de mirarme, tomó asiento enfrente de mí.

—Ignoraba que le agradasen esta clase de diversiones —dijo, con su voz exótica.

—Hay más cosas que me gustan —respondí—. El ron, la música de rumba y las mujeres morenas.

—¿A qué ha venido?

—Ya lo ve. A divertirme.

—¿Y a qué más?

Encendí un cigarrillo.

—A darle las gracias... por no haberme matado. Pudo haberlo hecho.

Una peculiar sonrisa asomó a su rostro. Una sonrisa mitad

desdeñosa, mitad inquisitiva.

—No tiene importancia. ¿Me da un cigarrillo?

Le ofrecí el paquete.

—Otro hombre se habría desmayado cuando le apunté con la pistola de gases —continuó Kerima, mientras hacía funcionar mi encendedor—. Usted aguantó como si no tuviera sangre.

—La estaba besando, Kerima —contesté—. ¿Cómo puede un hombre besar y desmayarse al mismo tiempo?

Las leves cejas de la joven se alzaron ligeramente.

—¿Está adulándome, Strague?

—Nunca adulo a las mujeres desde que cierta vez una se quiso casar conmigo.

Seguramente volvió a sonreír. El humo del cigarrillo le ocultaba el rostro como un sutil velo de gasa. Con ella me resultaba endemoniadamente difícil captar las emociones que escondía detrás de cada uno de sus gestes.

—Tendré que marcharme —anunció mirando fijamente por encima de mis hombros—. Hasta otro día, Strague.

La retuve atenazándola por una muñeca. Mi inesperada brusquedad arrancó destellos magníficos de sus ojos de esmeralda.

—Usted no se moverá de aquí hasta que yo lo crea conveniente —le dije sin miramientos—. ¿Lo ha comprendido?

—Suélteme. Me está haciendo daño.

Dejé en libertad su brazo.

—No soy ningún tonto, Kerima. Ya ve que me he impacientado un poco. En lo que a usted se refiere, he estado dando un sinfín de vueltas y me parece que ya estoy harto. Ha llegado el momento de que pongamos las cartas boca arriba.

La mano de Kerima tembló un poco al llevarse el cigarrillo a los labios. Era evidente que mi cortante tono le había impresionado.

—¿Qué quiere saber? —preguntó, fríamente.

—Todo. ¿Dónde está Peterkin y cuánto está usted dispuesta a pagar por lo que él me entregó?

Kerima tardó unos instantes en contestar. Sus uñas, esmaltadas de negro, repiquetearon sobre el cristal de la botella.

—Diga a quien le envió que yo tampoco soy tonta —repuso, al fin—. Usted no puede jugar con cartas que no posee.

Sonreí irónico.

—No es de la misma opinión Natham O'Day. ¿Le sirve de algo saber que anoche estuve en el yate "Corsair"?

La mirada de Kerima cobró, de súbito, un interés desmesurado.

—Eso no es cierto —dijo volviendo a mirar rápidamente por encima de mis hombros—. No me lo creo.

—En algunos tiempos fui un puritano. Ahora me he vuelto un poco más listo. Sé perfectamente cuál es el valor de lo que Peterkin me dio a guardar. Estoy dispuesto a poner un precio que me permita retirarme para siempre de los negocios y vivir como un potentado, en la Riviera italiana, pongo por ejemplo.

—¿Y para qué quiere saber dónde está Peterkin?

Compuse una sonrisa sarcástica.

—Para asegurarme de que jamás podrá exigirme la devolución de los documentos. En cualquier lugar del mundo donde yo me escondiera, Peterkin seguiría constituyendo un peligro.

—Y usted desea eliminar ese peligro.

—Exacto.

Kerima volvió a tamborilear sobre el cristal de la botella. Su expresión era de escepticismo.

—Mire, Strague, no creo una sola palabra de todo lo que ha dicho, ni estoy dispuesta a arriesgarme sobre una base falsa. Sin embargo, voy a darle una oportunidad. Proporcionéme una prueba de que posee los documentos.

Meneé la cabeza.

—Lo siento, muchacha. Natham O'Day me ofreció dos millones sin exigirme pruebas. Creo que me arreglaré con él.

Kerima murmuró una breve despedida y se marchó, desapareciendo por una pequeña puerta junto al estrado de la orquesta. Esta vez no hice nada por retenerla.

Dentro de mí quedó una impresión desoladora. Todo había quedado igual que antes, si no peor. Kerima era astuta y desconfiada. Una auténtica pantera reinando en la jungla de asfalto. Con mis débiles armas no podría hacer nada contra ella. ¡Y todo por culpa del eslabón roto! Peterkin era el eslabón. ¿Dónde diablos estaría?

Me volví con disimulo hacia donde Kerima había mirado

anteriormente. Un individuo repugnante me sonrió melosamente. Tenía el rostro empolvado y el cabello rizado artificialmente. Su edad oscilaría entre los treinta y cuarenta años. Su sonrisa me dio ganas de vomitar.

Las luces se apagaron y un redoble de tambores anunció el primer número del “show”.

El doble haz de los reflectores convergió sobre un locutor con aspecto de “gangster” que, en tres idiomas, presentó a Karamaneh. En su pintoresca descripción de Karamaneh, explicó cómo aquella maravillosa flor del desierto había sido durante cinco años favorita en el harén de Muley Ben Sazev y cómo un audaz aventurero inglés la rescató en terrible lucha contra los tuaregs.

Todo muy bonito y emocionante, pero incompleto. Al locutor se le había olvidado explicar los pormenores de otras lides más apasionantes en las que Karamaneh interviniera, como por ejemplo el duelo sostenido en mi apartamento con el enviado de Natham O'Day.

Karamaneh, o sea, Kerima Shalam, se presentó en la pista ataviada con tan escasas galas que uno se preguntaba cuál habría sido la furiosa reacción de Muley Ben Sazev de haberla visto así expuesta a la pública admiración.

La orquesta atacó un “calypso” y Kerima comenzó a danzar. Primero, lenta y voluptuosamente. Luego...

Luego no pude seguir sus evoluciones porque el afeminado de la otra mesa se sentó enfrente de mí, ocultándome toda visión. Sus blancos dientes relucieron en la oscuridad. Por muchas razones, su sonrisa se me hizo odiosa.

—¿Le molesto? —inquirió, con voz de tenor—. ¿Está usted ocupado en este momento?

Su rostro tenía esa expresión insolente de los tipos de su clase.

—Lárguese —le conminé—. Ya está tardando demasiado.

—Pensé que le gustaría mi compañía. Es una verdadera lástima. Y suspiró apenado. Pero no hizo ademán de marcharse.

—Oiga, me está fastidiando —volví a insistir, haciendo acopio de paciencia—. He pagado para ver a Karamaneh y no a usted.

Su sonrisa se acentuó.

—Le agrada la chica, ¿eh? Dicen que tiene “algo”. ¿Es amiga

suya?

El insulto que le lancé entre dientes no le afectó gran cosa. Con refinados modales, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo alisó entre los dedos antes de llevárselo a los labios. Después, lo encendió con mayor parsimonia aún.

—Ha sido mi placer el conocerle —dijo, levantándose—. Buenas noches, amigo mío.

Le seguí con la mirada hasta la puerta del establecimiento. Kerima había dejado de interesarme. Y todo lo demás.

Puse en la mesa un billete de cinco dólares y salí a toda prisa en persecución del afeminado.

Le vi junto a un automóvil negro que tenía el motor en marcha. Él también me vio y se sonrió. A continuación, se metió en el coche, desoyendo mi llamada, y un instante después, el vehículo doblaba la primera esquina.

Providencialmente, había un taxi aparcado en la acera de enfrente. Como una tromba, me precipité en su interior. El conductor me sonrió amistosamente, pero con una mueca un poco rara.

—He de seguir al coche ese que acaba de doblar la esquina, ¿no? —dijo, a la vez que pisaba el acelerador.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Me pagó un fulano para que estacionase aquí y le esperase. Me dio instrucciones.

“Un plan preconcebido”, pensé, reflexionando a toda prisa. En realidad, no podía fallar, puesto que el anzuelo era demasiado apetitoso para dejarlo escapar. El afeminado en cuestión sabía perfectamente que yo reconocería la sortija de sello que portaba en su mano izquierda. Era la sortija de Peterkin. Un ópalo con el grabado de la cruz gamada que Himmler le regaló personalmente como premio a su “meritoria labor” a favor del espionaje nazi. Un regalo humorístico, habida cuenta de lo que Peterkin hizo después con el servicio secreto alemán.

Aquello no fue propiamente una persecución, sino un lento paseo que nos llevó a las afueras de Harlem, y finalmente al aparcadero situado frente a la gran explanada donde estaba instalada la feria de otoño.

Al ir a pagarle, el taxista me detuvo con un gesto.

—No me debe nada —dijo—. Su amigo pagó cumplidamente. Tenga cuidado con él...

No alcancé a escuchar el final de su estúpida advertencia. El fulano se me escapaba hacia la enorme aglomeración de público que animaba el recinto.

Luchando a brazo partido con la gente, me abrí paso hasta aproximarme bastante al individuo. Este, de vez en cuando, se volvía y tornaba a escabullirse. Un endemoniado juego que ya me estaba poniendo nervioso.

Dejé atrás el “Tobogán de la Muerte”, dos o tres norias, un pabellón de fieras exóticas y el “Ziegfeld Circus”. Maquinalmente, me acordé de que en este último recinto actuaba Cora Kórene, una de las supervivientes del “Constellation”. “Una casualidad como otra cualquiera”, pensé, sin darle más importancia al asunto.

El afeminado se adentró en un ancho pasillo con casetas a ambos lados. El bullicio era ensordecedor. Infinidad de negros de ambos sexos se divertían ingenuamente, mientras yo andaba a la caza de un sujeto que solo Dios sabía la relación que tendría con aquel caso que ya contaba con cinco muertes en su haber.

No sé cómo pudo ocurrirme. La cuestión es que, de pronto, el individuo desapareció de mi vista. Mi imperdonable torpeza encendió la sangre de mis venas.

Durante un cuarto de hora busqué y rebusqué entre el gentío, sin salirme de aquel callejón maldito. Una negra, a la que empujé sin demasiados miramientos, me dijo algo acerca de un piso que poseía no sé dónde.

De repente, una pelota de trapo golpeó mi cara. Y luego, otra me aplastó la nariz, haciéndome daño. Recogí ambas del suelo y me dispuse a devolver los golpes al imbécil que me las había arrojado.

Mi brazo quedó paralizado en el aire y el corazón se me agolpó en la garganta. Lentamente, me dirigí hacia la caseta de donde habían partido las pelotas.

Había pocos parroquianos. Allí la diversión estribaba en hacer blanco a una cara pintarrajeada que asomaba indistintamente por tres pequeñas ventanillas. Una mujer de vulgar aspecto repartía las pelotas a diez centavos la media docena.

Entre un millón habría reconocido aquel rostro embadurnado de pintura roja y blanca, cuyo cráneo recubría una amarillenta peluca. No. No podía confundir aquellos ojos glaucos que me miraban con un pitorreo condescendiente.

Alguien aprovechó su distracción y le dio un pelotazo entre los dos ojos. La encargada sonrió y puso un paquete de “Lucky” sobre el mostrador.

Me eché a reír alegremente. Tomando puntería, alcé el brazo y lancé una de las pelotas que acababa de recoger del suelo. La pintarrajeada cara desapareció de una ventanilla y asomó por otra.

Y con un gesto de burla abrió su bocaza para sacarme la lengua.

Solo que su lengua no asomó por la sencilla razón de que se la habían arrancado de raíz. En su boca no había otra cosa que dientes y paladar.

Y aquella era la boca de Peterkin. Una boca que jamás podría volver a emitir sonidos humanos.

Capítulo VI

ALEGRE DIVERSIÓN

AL tercer intento de localización, saltó la voz del patrón a través del auricular,

—Strague al habla —dije—. Acabo de encontrar a Peterkin. En un barracón de feria, en Harlem. Me reconoció al pasar yo por delante y me tiró dos pelotas de trapo para llamarme la atención.

—O sea, que Peterkin le encontró a usted —rectificó el patrón, sin excitación en su voz.

—Exacto —concedí—. Ahora estoy en una cabina telefónica desde la que le veo perfectamente.

—Interrógueme sin pérdida de tiempo.

—Va a ser difícil. Le han arrancado la lengua. Así como se lo digo. Textualmente.

Un silencio al otro extremo del hilo.

—Voy a esperar a que se marche la gente y después entraré en el barracón —proseguí al cabo de unos segundos.

—¿Fue Kerima quien le facilitó la pista? —preguntó el patrón.

—Sí y no. Ya se lo referiré personalmente. Le he telefoneado para que sepa a qué atenerse por si me ocurriera algo. Veo algo muy turbio en todo esto.

—Aclárelo, Strague. No deje que nadie le pise...

—O. K., patrón. Lo procuraré.

Colgué el teléfono y encendí un cigarrillo antes de salir de la cabina.

Pocas veces había sentido una excitación febril como la que ahora me desasosegaba. Peterkin continuaba vivo. ¡Y sirviendo de blanco en un barracón de feria! ¿Habría sido él quien envió al

afeminado tras mí? ¿O alguien que deseaba ponerme en contacto con Peterkin? ¿Y quién o quiénes habrían cometido la salvajada de enmudecerle para siempre? ¿Y por qué?

Preguntas y preguntas bullían en mi mente, mientras contemplaba cómo Peterkin esquivaba los pelotazos de la gente.

Hubo un momento en que el mostrador quedó solo.

Me acerqué a la encargada.

—Quiero hablar con ese individuo —dije, señalando a Peterkin—. ¿No podría suspender el espectáculo durante una hora?

La encargada sonrió tristemente. Sin embargo, recogió el billete de diez dólares que le mostré disimuladamente y me abrió una puertecilla lateral para que pasara.

—No sé si se entenderá —replicó—. Está mudo.

Una vez dentro, le pedí que echara el cierre, lo que hizo sin demasiadas prisas. Todavía me separaban de Peterkin las ventanillas.

—¿Cómo y cuándo vino aquí ese hombre? —interrogué a la mujer.

—Hace un par de días le trajeron —contestó, encendiendo un cigarrillo negro—. Un sujeto así como usted me pidió si podría hacer una obra de caridad con Tommy. Casualmente se me había marchado el otro empleado, así es que no tuve inconveniente en darle algo que ganar a ese pobre infeliz. ¿Le conoce usted?

—¿No sabe cómo se llamaba el individuo que trajo a Tommy?

La mujer se encogió de hombros. Se comportaba con una natural indiferencia, pero sus ojos me escudriñaban quizá demasiado intensamente.

—No se lo pregunté —repuso—. Nunca pregunto lo que no me importa. Supongo que no será usted uno de esos entrometidos policías que andan buscando la manera de sacar dinero a la gente.

Le dediqué una sonrisa amistosa.

—¿Usted cree? ¿Desde cuándo los policías regalan dinero?

La mujer se fijó en el otro billete que acaba de sacar de mi bolsillo y me guiñó un ojo.

—No tiene usted cara de policía, señor. ¿En qué le puedo servir ahora?

Le entregué el billete.

—Déjenos solos —dije—. Ya le avisaré cuando ha de entrar.

La encargada salió de la caseta. Entonces di la vuelta al mostrador de las ventanillas y me enfrenté con Peterkin.

—¡Hola, compañero! —le saludé—. Siempre dije que tenías una manera rara de...

Se me quebró la voz y el corazón me dio un vuelco cuando vi que Peterkin me alargaba los brazos. Le faltaban las manos. Donde antes estuvieran, solo había simples muñones vendados. Unos rosetones de sangre destacándose en la blancura de la tela evidenciaban lo reciente de la mutilación.

—Te han fastidiado bien, amigo —dije, pugnando por parecer jovial—. Esa mujer ha mentido, ¿verdad?

Peterkin asintió. En sus ojos había amargura y desesperación.

—Te trajeron ayer —proseguí—. Anoche, mejor dicho. ¿No es cierto?

Nueva afirmación de Peterkin. Con un gesto me indicó que tomara asiento en una desvencijada silla. Él lo hizo enfrente de mí. Unas pesadas y descoloridas cortinas nos separaban de lo que debía ser vivienda del barracón.

Encendí dos cigarrillos y puse uno de ellos en la boca de Peterkin. Al tirar el fósforo al suelo, me di cuenta de los grilletes que sujetaban sus tobillos y de la cadena que se perdía por debajo de las cortinas.

Rápidamente, levanté las cortinas. Nadie había en la trastienda. Una enorme esfera de hierro remataba la cadena que convertía a Peterkin en prisionero.

—He de sacarte de aquí —dije—. Esta misma noche.

Peterkin meneó violentamente la cabeza.

—¿Por qué no quieres venirte conmigo?

Otra rotunda negativa. Después se estiró cuan largo era, dobló el cuello y cerró los ojos. Inmediatamente me mostró su antebrazo izquierdo. Vi una diminuta punzadura y alrededor un círculo amoratado.

Comprendí.

—Te han inyectado un veneno. Vas a morir pronto.

Peterkin asintió.

Le toqué la frente y ardía. Mentalmente, tracé un esbozo de la

situación. Luego, traté de comprobar si estaba en lo cierto,

—El patrón te encargó buscaras una cosa. La encontraste y después la escondiste en algún sitio. A continuación se echó encima de ti Natham O'Day e intentó sonsacarte. Te interrogaron en el yate “Corsair”. Tú les diste una pista falsa señalándome a mí para que yo entrara en acción.

Peterkin asintió. La cosa iba por buen camino.

—Para evitar que pudieras escaparte y hablar, Natham O'Day ordenó que te mutilaran, conservándote vivo en previsión de que mi pista les fallara. Te trajeron aquí, donde a nadie se le ocurriría buscarte. Y esta tarde enviaron a por mí a fin de que te encontrara... y tú me revelaras el secreto. ¿Voy por buen camino?

Peterkin afirmó.

—Envenenándote y sabiendo tú que vas a morir pronto, lo natural es que me digas dónde escondiste lo que andan buscando —proseguí—. Aparentemente, nadie nos escucha ni observa. La ocasión es excelente para las confidencias. Y luego se echarán encima de mí. Bien, no importa. ¿Dónde lo escondiste?

Un poco de espuma blanquecina asomó por entre los labios de Peterkin. Su cuerpo se estaba poniendo rígido y sus ojos revelaban un sufrimiento atroz.

—¿Dónde lo escondiste? —le apremié.

El brazo izquierdo de Peterkin señaló el bolsillo del mismo lado de la americana. Metí la mano en él y saqué una pequeña novela policíaca cuyo título era “El Rey de los Traidores”.

—¿Es esto? —inquirí.

Asintió torpemente.

—Gracias, Peterkin —le dije, guardándome el ejemplar—. El patrón no te olvidará jamás. Voy a buscarte un médico.

Peterkin trató de incorporarse violentamente. Había una desgarrada súplica en su mirada.

—No puedo dejarte morir, amigo. Sería una mala bestia si lo hiciese. ¿Quién te envenenó? ¿Natham O'Day?

Su gesto me indicó que no. Estaba casi agonizando.

—¿El afeminado?

Dejó caer la barbilla sobre el pecho en postrer afirmación, y por fin se desplomó al suelo.

Me asaltó el presentimiento de que alguien me acechaba al otro lado de la cortina. Alguien, el afeminado seguramente, que me lanzó las pelotas de trapo a la cara para atraer mi atención hacia Peterkin... Alguien a quien ya le estaba estorbando mi vida.

En ese instante, la cortina osciló junto a mi brazo. Di un salto hacia atrás, pero no tan velozmente como para evitar que una centelleante aguja hipodérmica atravesara la manga de mi chaqueta.

Por cinco veces consecutivas, disparé contra la cortina. Después la aparté y vi el cadáver acribillado del afeminado. Sus dedos aún se crispaban en torno a una jeringuilla quebrada por el golpe. Y en uno de ellos relucía la sortija que Himmler le regalara a Peterkin.

Miré en mi derredor. Dos cadáveres más en aquel alucinante asunto.

Y podían haber sido tres.

Cuando salí del barracón era completamente de noche. El bullicio y la algarabía rayaban en su punto culminante.

Una muchacha rubia se abrió paso entre la gente y me saludó alegremente. Era Tangier Rocca.

—¿Otra vez la enviaron para que hiciera de niñera? —le pregunté cuando estuvo a mi lado—. ¿Cómo supo dónde era?

—El instinto —repuso, colgándose mimosamente de mi brazo—. Vi un barracón cerrado, indagué y me quedé esperándole. ¿Qué sacó en limpio?

—¿Qué le dijo el patrón?

—Me dijo que había encontrado a Peterkin.

La saqué del bullicio y nos sentamos en un bar de las afueras del recinto. Allí había tranquilidad y algo de silencio.

Un camarero nos trajo whisky y un combinado dulce para Tangier. Después corrí las cortinas del reservado.

—Por lo que veo, el patrón se siente comunicativo con usted —manifesté—. ¿A qué se debe?

—Simpatía, digo yo —contestó Tangier, dedicándome una de sus fascinadoras sonrisas—. Le encuentro preocupado. ¿No ha tenido éxito?

Bebí de golpe medio vaso de whisky. Necesitaba entonarme. Las sienes comenzaban a martillearme como la tarde anterior.

—Peterkin ha muerto —dije—. Le envenenaron delante de mis narices.

Tangier sorbió un poco de combinado.

—Pero, ¿llegó a decirle algo?

Meneé la cabeza.

—Todo está igual que antes. Quizá me precipité en demasía. ¿Nunca ha sentido impulsos de matar a una persona aun sabiendo que obra erróneamente?

La muchacha me miró en silencio.

—Acribillé a un sujeto que podía haberme sido útil —proseguí—. Ahora ya está todo hecho. ¿Tiene ganas de divertirse, Tangier?

—Con usted, siempre —replicó, acariciándome una de mis manos—. ¿Quiere que vayamos a algún sitio?

—Me alegraría emborracharme. Olvidarme de Peterkin y de todo. Saciarme de bestialidad.

—Dice cosas muy raras, Robert. Me parece adivinar que sufre por algo que no tiene nada que ver con todo esto.

Me encogí de hombros, pagué y nos marchamos. En el “Club 42”, hasta donde nos llevó un taxi, no quedaban mesas libres. Tuvimos suerte, sin embargo, pues una se desocupó cuando ya nos disponíamos a marchar.

—¿Qué desea tomar, Tangier?

—Lo mismo que tú, Robert —me tuteó por vez primera la muchacha—. Quisiera marearme un poquito también.

Pedí una botella de whisky y otra de soda. El camarero que nos sirvió, el mismo de antes, me miró como si yo fuera un bicho de una especie desconocida.

No estaba Kerima. Ello casi me produjo bienestar, aunque sin saber la causa.

Al segundo vaso de whisky nos pusimos a bailar. La tibieza de su cuerpo y el abandono lánguido de su mirada me hicieron pensar en lo hermoso que era vivir. Aquella muchacha me había salvado de una muerte cierta, me inyectaba optimismo y me demostraba un interés que a cualquier hombre habría halagado.

Nos sentamos. Llené otra vez mi vaso y lo apuré de un trago. Después, encendí un cigarrillo.

—¿Sigues pensando en Peterkin? —me preguntó casi

inesperadamente.

—¡Al diablo con él! —contesté—. Pienso en mi problema. ¡En mi problema! ¿Comprendes? Uno tiene problemas, algunos con solución... Otros, sin ella. ¡Oh, Tangier, no me mires de ese modo! ¿No podrías hacer nada por mí?

La mirada de Tangier pareció nacer de lo más profundo de sus entrañas.

—De veras que sí, Robert —replicó con un acento de afecto que en otra ocasión habría llegado a turbarme—. Lo estoy deseando fervientemente.

Bebí medio vaso más. El martilleo de las sienas se me hacía insoportable.

—Voy a morir, Tangier. Quizá antes de que llegue el domingo. Me han visto los mejores especialistas. No tengo salvación posible. Ayer el doctor Pool, catedrático de la Universidad de Columbia, fijó el plazo máximo de mi existencia. ¡Cinco o seis días!

—¡No puede ser, Robert! —exclamó Tangier, palideciendo—. No tienes aspecto de enfermo. ¡Dios mío, eso es espantoso!

Sonreí amargamente.

—Solo entre diez millones de hombres se da un caso como el mío —proseguí—. El nombre de la dolencia no te diría nada. Figúrate que en mi cerebro se va desplazando una protuberancia ósea hacia un nudo nervioso que regula el sentido de la vista y la presión arterial. Te lo explico en términos vulgares para que lo comprendas. Cuando se produzca el contacto de la protuberancia con el centro nervioso, se habrá acabado todo. Durante las primeras horas iré perdiendo vista hasta quedar completamente ciego. Luego sobrevendrá la parálisis. Es posible que después reviente —añadí, irónicamente.

—¿Por qué no te sometes a una intervención quirúrgica? —preguntó Tangier, con un hilo de voz—. Todo antes que rendirse estúpidamente, Robert.

—El doctor Pool dijo que, operándome, había una probabilidad contra mil. Incluso me aconsejó que no lo hiciera. De este modo, podría vivir cinco o seis días más. Ahora ya es tarde.

Con pulso nervioso, Tangier encendió un cigarrillo. Saltaba a la vista que mi revelación le había afectado realmente. No cabía la

menor duda de que era una buena camarada.

—¡Debe ser horrible, Robert! —susurró—. No quiero ni pensar en lo que significa tener las horas contadas y no poder detener el reloj. Somos una miseria, ¿verdad?

Sonreí.

—Sí lo somos, Tangier. Por lo menos, en lo que a mí se refiere. Uno vive de ilusiones, de proyectos, alentado por la esperanza de llegar a una meta. Contempla a tu alrededor, Tangier. La gente se divierte, saca provecho de cada instante, disfruta de lo que posee o espera poseer. Y mañana vuelta a empezar. El mañana que a mí me espera es un callejón negro y helado como una tumba.

La orquesta estaba interpretando una cadenciosa melodía, impregnada de tristeza y melancolía. Ocho o nueve parejas bailaban en la pista, muy unidas y sin hablar.

Desde una mesa próxima, Kerima Shalam me espiaba con la fijeza de un gato. Se hallaba sola, y para ella no parecía existir otra cosa en el mundo que nosotros.

Volví a mirar a Tangier. Tenía la vista baja y su expresión carecía de matices.

—Háblame de ti, pequeña —le dije con afecto—. Seguramente serás una chica afortunada. Una vez me dijiste que no habías besado nunca. ¿No has sentido latir dentro de ti eso que llaman amor?

—Te conté una pequeña mentira —contestó—. Me pareció que no tendría importancia.

Volví a sonreírle.

—Claro que no la tuvo. Tu idea fue que no me decepcionara después del remojón. Pero yo no soy ciego, criatura. Una muchacha como tú tiene pretendientes a motones. Estás prometida, ¿verdad? No sabes cuánto me habría gustado poder asistir a tu boda.

—No podrías, Robert —repuso ella.

—Ya lo sé. Digo que me gustaría.

—No es por eso.

—¿Entonces?

—Soy casada.

La contemplé con un nuevo interés.

—Tu marido es un hombre endemoniadamente afortunado.

Felicitale de mi parte cuando le veas.

—Tú también puedes felicitarle.

Había vuelto a bajar la vista y jugueteaba nerviosamente con el cenicero.

—¿Le conozco, acaso?

—Se llama Percy Darraqual.

La sorpresa casi me hizo derribar la botella de whisky. Porque Percy Darraqual era el patrón.

Capítulo VII

URBIE RUSHTON

DESPUÉS de informar al patrón acerca de la muerte de Peterkin y demás incidentes acaecidos en el barracón de la feria, colgué el auricular y me acosté.

Había omitido decirle lo de mi declaración a Tangier y lo del legado póstumo de Peterkin. De esto último nadie más que yo tenía noticia, puesto que, por la marcha de los acontecimientos, decidí introducir ciertas modificaciones en el curso de la investigación. Quizá no fueran más que infundadas presunciones, pero aquella siembra de cadáveres inducía a pensar en las cosas más raras.

Antes de comenzar la novela que Peterkin me había dado, reflexioné sobre Kerima Shalam. Era sumamente curioso que esta enigmática mujer apareciera engañosamente desligada de la zarabanda en la que todos nos estábamos moviendo. Desligada de mí, del patrón, de Tangier, de Peterkin y hasta del propio Natham O'Day. Y, sin embargo, Kerima había constituido el punto de arranque de cada una de mis odiseas. Muy extraño y sospechoso. Su aparente pasividad se me representaba mil veces más peligrosa que las maquiavélicas mañas de Natham O'Day y su equipo de conspiradores.

Dieron las tres en el reloj de mi mesita de noche cuando finalmente concentré mi atención en “El Rey de los Traidores”, de Milton Callagham.

Dos horas después concluía la novela sin haber sacado nada en limpio. Una interesante trama de aventuras montada sobre la conspiración que un rey de Siam se hacía a sí mismo para despertar la cólera de sus súbditos acerca de un hermanastro que pretendía el trono, basándose en la posesión de un anillo sagrado que su abuelo

le legó. La parte sentimental estaba a cargo de una bella periodista norteamericana cuya audacia le lleva a casarse con el jerarca y descubrir de este modo la conspiración.

Ningún paralelo encontré entre dicha trama y la que nosotros estábamos organizando alrededor de los documentos robados. Tampoco vi que Peterkin hubiese compuesto alguna clave sobre el texto impreso.

Y, sin embargo, allí estaba la solución. Metida entre las doscientas y pico de páginas de apretada letra. Una vez más, me dije que Peterkin era único en su forma de trabajar. Si yo, que casi adivinaba sus pensamientos, no daba con lo que había querido decirme, ¿quién diablos descifraría el enigma cuando la tierra cubriera mis huesos?

Dejé el libro y probé a dormir. Intento tan vano como el de querer derribar la Estatua de la Libertad con un suspiro.

Me levanté, tomé una ducha caliente, luego otra fría, me puse un albornoz y bebí vaso y medio de Canadiam rye.

Comenzaba a amanecer. Hasta un poco más de las ocho estuve relejendo “El Rey de los Traidores” con el mismo éxito de antes.

A las nueve menos cuarto telefoneé a “Spencer & Dorking Ediciones”, preguntando a qué persona real correspondía el seudónimo de Milton Callagham.

La respuesta fue: Urbie Rushton.

¿De modo que Urbie Rushton, autor policíaco de moda, héroe del desembarco de Pamung y uno de los cuatro supervivientes del “Constellation”, era el responsable directo de “El Rey de los Traidores”? ¿Y hasta allí era adonde me había querido llevar Peterkin?

Según como se considerase, el asunto no dejaba de tener gracia. Tres de los cuatro supervivientes del “Superconstellation” tenían cartas en nuestro juego. Faltaba Cora Kórene, la domadora del “Ziegfeld Circus”, de quien podía esperarse tomara posiciones en el momento menos pensado. Medio en broma, medio en serio, me pregunté si aquel célebre “Superconstellation” no habría sido fletado exclusivamente para uso y recreo de una pandilla de conspiradores.

Tras un par de llamadas telefónicas, pude localizar el domicilio de Urbie Rushton. Luego esperé diez minutos largos hasta que

escuché la voz del novelista al otro extremo del hilo.

Después de excusarme le pregunté si por casualidad un tal Rex Peterkin había entrado en contacto con él a raíz de la catástrofe aérea.

—Tal vez me diga algo ese nombre —repuso al cabo de una corta pausa—. ¿Quién es usted, por favor?

—Robert Strague. Peterkin y yo tenemos un negocio común y me interesaría saber si ustedes concretaron algo acerca de una mercancía extraviada en el accidente del “Superconstellation”.

—No tengo inconveniente en tratar con usted de este asunto. Claro es que me agradaría hacerlo privadamente, aquí en mi domicilio. ¿Podría venir a eso de las nueve de la noche?

—Estaré como un clavo. Una advertencia, señor Rushton: me consta que hay cierto número de competidores ansiosos de hacerse con la mercancía a cualquier precio. Sería interesante que declinara usted toda oferta hasta escuchar mis proposiciones. Sé positivamente que se me adelantarán utilizando toda clase de medies persuasivos. Sabe lo que le quiero decir, ¿verdad?

—Pierda cuidado, señor Strague. Puedo asegurarle que nadie entrará en contacto conmigo. El señor Peterkin ya me dio instrucciones sobre el particular. A las nueve en punto le espero.

Colgué. Me separaban doce horas de la cita con Rushton. Por una parte, ardía en deseos de entrevistarme con él. Tenía el presentimiento de que la meta de mi trabajo estaba allí. Por otra, aquellas doce horas representaban la séptima parte del resto de mi vida.

Por la mañana fui a visitar a la madre de Peterkin, la cual ya había sido informada por el patrón de su muerte. Fue un deber penoso el que cumplí, pero que dejó cierta tranquilidad en mi espíritu. Al mediodía almorcé en el Club de Golf y allí leí en los periódicos atrasados todo lo referente al accidente de aviación. No saqué mucho en limpio porque mi pensamiento estaba lejos de todo esto. Por la tarde asistí a un espectáculo de revista en Broadway, lo que para mí fue tan triste como un funeral.

Cuando salí eran las ocho y media. Buena hora para ponerme en camino de Hampton Court, donde tenía enclavada su residencia Urbie Rushton.

Durante el trayecto me acordé de Tangier Rocca. Hasta con ella

me había sido cruel el destino. Quizá fuera una falta de lealtad hacia el patrón, pero el caso es que sentí celos de él y de su felicidad.

En la milla doce de la carretera de Treton, tomé una desviación a la izquierda y reduje la velocidad de mi “Jaguar” para sortear mejor los continuos baches del asfaltado. Aquel camino, que finalizaba en Hampton Court, apenas si tenía tránsito y estaba bordeado a ambos lados por gigantescos nogales cuyas ramas se enlazaban formando un largo túnel de hojarasca.

Comenzó a llover con fuerza y un rayo hendió la oscuridad a mi derecha. El estallido del trueno pareció venir de las mismas entrañas de la tierra.

A las nueve y cinco, los faros del coche iluminaron una maciza edificación apaisada con muros de piedra. Un bosque de regulares dimensiones rodeaba la casa, aislándola de otras viviendas que se recortaban mucho más lejos.

Al aparcar el coche junto a la entrada, leí el rótulo de madera vieja que se balanceaba a impulsos del viento. “Alegre Mansión” se llamaba la casa de Urbie Rushton, nombre que desmentía lo lúgubre de su aspecto.

Hice sonar el batintín mientras trasladaba mi “Mauser” de la sobaquera al bolsillo de la americana. Me extrañó que no hubiera luces encendidas en el interior de la casa. Un relámpago más vivido que el anterior recortó sombras alucinantes en la espesura del bosque. En verdad que me hallaba un poco impresionado por todo esto. No podía negarse que a Urbie Rushton le agradaba rodearse de misterio o lo necesitaba para dar rienda suelta a su imaginación.

No hubo contestación a mi llamada. Insistí y esperé otros cinco minutos con igual resultado.

La lluvia redobló su intensidad adquiriendo caracteres de turbión.

Me escurrí a lo largo del muro frontal hasta llegar al ángulo izquierdo. Luego continué unas cuantas yardas y encontré lo que quería: una ventana abierta con pesados cortinajes enmarcándola por dentro.

El aire movió un poco las cortinas. Aquello tenía todas las trazas de una trampa para cazarme. ¿Le habría ocurrido algo a Urbie Rushton? Él afirmó que estaba preparado para hacer frente a los

“competidores”, pero yo también tenía la seguridad de que mi teléfono se hallaba controlado por dichos competidores, lo que no inducía a pensar en nada bueno.

Con el cañón del revólver aparté las cortinas. Una chispa eléctrica me reveló el desierto interior. Inmediatamente pasé las piernas por el alféizar y me colé dentro.

Luego cerré la ventana y encendí mi linterna. Muebles, cuadros y estanterías con libros, constituían la decoración de aquel aposento.

Siempre procurando no hacer el menor ruido, salí al pasillo. Durante un cuarto de hora anduve por la casa entrando y saliendo por todas las puertas que hallé. Todo desierto y silencioso. Afuera proseguía la tormenta cada vez con mayores ímpetus.

Cuando ya comenzaba a desalentarme, distinguí al final de un corredor una puerta oscilante de cristales.

“El despacho de trabajo de Rushton”, pensé. Y no me equivoqué.

La luz de mi linterna alumbró una gran mesa cubierta de papeles y ceniceros, y un sillón vacío detrás.

Sin vacilar, di al conmutador de la luz. Y entonces me llevé el mayor sobresalto de mi vida.

Alineadas junto a las paredes, habían más de veinte figuras humanas, inmóviles, con las facciones crispadas en horribles muecas que revelaban la perversión, el sadismo y la crueldad en grado sobrecogedor. Algunas empuñaban revólveres, otras puñales y un par de ellas, simples sogas de cáñamo.

De un momento a otro, esperé el ataque de todos aquellos seres de pesadilla que parecían aguardar mi entrada. La sensación duró escasos segundos... hasta que mi vista captó la criminal expresión de un rostro conocido: del rostro de Dillinger.

¡Un museo de muñecos de cera!

Respiré aliviado, sintiendo que el sudor me empapaba el cuerpo. El tal Rushton debía ser un sicópata de cuidado, me dije deseando echármelo a la cara para decirle unas cuantas cosas.

Para recobrar fuerzas, me senté en su sillón y puse el revólver encima de la mesa. Con más detenimiento observé aquella macabra colección de criminales notorios. Uno había que su realismo

espantaba. Era la exacta reproducción del siniestro estrangulador Pee Wee Zaphir, ajusticiado en la silla eléctrica poco antes de la segunda guerra mundial. Era talmente de carne y hueso. Sus ojos poseían el idéntico fulgor de una mirada humana. Incluso parecía que respiraba...

Con profunda aprensión aparté la vista de aquella figura. Después contemplé otros detalles de pésimo gusto. Cabezas rebanadas sobre repisas de mármol, extraños animales disecados, sarcófagos egipcios, tapices representando ejecuciones de la Edad Media, símbolos de magia negra y mil objetos más en los que Urbie Rushton se inspiraba para sus novelas.

De pronto, se me heló la sangre en las venas. Todo el horror experimentado antes no fue nada comparado con el que me asaltó al ver cómo una de las repisas goteaba lentamente la sangre, formando un diminuto charco en el suelo.

¡Sangre que se desprendía de un cráneo decapitado, de una auténtica cabeza humana!



Sangre que se desprendía de un cráneo...

Me levanté lentamente y fui hacia la repisa. No era una alucinación. Las amarillentas mejillas de la cabeza estaban tibias todavía. Era la cabeza de un hombre joven, de cabellos negros y ojos azules. Lo descompuesto de su expresión habría hecho difícil reconocerle, pero yo adiviné que se trataba de Urbie Rushton, aunque jamás había visto una fotografía de él.

Alguien había efectuado el trabajo con la maestría de un matarife, escondiendo después el cuerpo.

Experimenté la sensación de que una mirada se clavaba en mi nuca. Me volví. ¿Habían cambiado de dirección las pupilas de Pee Wee Zaphir?

Cerré los ojos y respiré fuerte. Estaba viviendo la más angustiada pesadilla, el más horrible engendro que la imaginación pudiese crear.

Fui levantando las tapas de los sarcófagos. En el tercero encontré lo que buscaba. Un cuerpo retorcido en inverosímil postura y casi sumergido en un palmo de sangre.

Dejé caer la tapa y volví al sillón para recobrar fuerzas. En ese preciso instante sonó el timbre del teléfono. Fue tan inesperado el zumbido, que el corazón me dio un vuelco.

—Aquí Urbie Rushton —dije—. ¿Quién llama?

—Inspector Dancer, del Sexto Precinto. ¿Cómo van las cosas, Rushton? ¿Alguna novedad?

—Nada por ahora, mi querido amigo. Todo tranquilo. A propósito, Dancer, ¿le importaría venir a tomar una copa conmigo dentro de una hora?

—En absoluto, Rushton —dijo la voz jovial del inspector—. Sobre las once estaré ahí. ¿Quiere que vuelva a llamarle, entretanto?

—Creo que ya no es preciso que se moleste. Y gracias por todo.

Dancer cortó la comunicación. Y entonces descubrí aquello que andábamos buscando y por lo que Peterkin dio su vida.

Estaba delante de mis narices, ofreciéndose a mi vista como el más valioso tesoro terrenal. ¡Qué magnífica labor la de Rushton, qué portento de ingenio el suyo!

Sí, señor. Porque, ¿se le habría ocurrido a alguien buscar un pequeño rollo de microfilms en el casquete inferior del auricular del teléfono? ¿Lo habría yo encontrado de no haber telefoneado el inspector Dancer en aquel instante glorioso?

Rushton temía el ataque y lo combinó todo para que yo hallase lo que Peterkin le entregó para su custodia. Rushton lo pagó con su vida, pero la paz del mundo lo valía con creces. Egoísta pensamiento, pero yo me lo podía permitir porque también estaba ofrendando las últimas horas de mi existencia por un ideal supremo.

—No tardaremos en estar juntos, mi querido Urbie —murmuré, dejando resbalar mi mirada por el sangriento pedestal—. Y una vez que nos reunamos allí arriba los tres, brindaremos con alegría por el bien común.

Después del responso, extraje cuidadosamente la enrollada cinta de celuloide y la estiré para examinarla con avidez. No entendí nada de aquel conglomerado de fórmulas y signos algebraicos. Pero no importaba. Su significado era progreso y muerte. Dos conceptos que aparecen unidos desde la invención de la rueda.

Guardé el rollo en el bolsillo y contemplé por última vez el casquete vacío del auricular. Lo colgué sin importarme dónde habría podido esconder Rushton la perforada tapa que desenroscara para encajar nuestro tesoro.

Había terminado mi trabajo. Al pasar por delante de la figura que representaba a Pee Wee Zaphir, le guiñé un ojo.

—Hasta la vista, compañero —me despedí—. Recuerdos al inspector Dancer.

Mi exaltada imaginación me debió hacer otra pasada, pues tuve la exacta impresión de que Pee Wee Zaphir me devolvía el amistoso saludo.

Salí por la puerta principal, y guareciéndome de la lluvia bajo los árboles, corrí en dirección al “Jaguar”.

A mitad de camino me di cuenta de que se me había olvidado el revólver “Mauser” sobre la mesa del despacho.

Solté una maldición. Nuevamente me tocaba entrar por la ventana. Esta vez no encendí más luz que la de la linterna. Recogí el revólver y en ese momento escuché un apagado portazo al final del pasillo.

Alcé el haz de luz para encontrar la puerta y me quedé plantado en seco, como si un rayo me hubiera fulminado.

¡La estatua en cera de Pee Wee Zaphir había desaparecido!

No era cuestión de pensar en actos de brujería. En mi bolsillo estaba lo que quería y para lo demás ya llegaría a tiempo el inspector Dancer.

Alcancé la puerta y en un santiamén me instalé ante el volante del “Jaguar”.

El cuentamillas marcó ochenta apenas enfilé la recta que

conducía al tramo principal de Trenton.

El cielo parecía descargar la cólera divina en forma de agua, viento y descargas eléctricas. Saqué un cigarrillo del bolsillo y me dispuse a encenderlo mientras reducía un poco la velocidad.

Fue entonces cuando el volante comenzó a girar locamente, rota la dirección.

Aplasté el freno con todas mis fuerzas y el “Jaguar” saltó como una cabra enloquecida, patinando de un lado a otro de la carretera y yendo a estrellarse finalmente contra un árbol.

Cuando abrí los ojos me encontré metido entre un amasijo de hierros y madera. Un calor asfixiante me hizo toser dificultosamente. Toda la parte del motor crepitaba entre lenguas de fuego.

Intenté salir.

—No se está cómodo, ahí, ¿verdad?

Miré adonde había sonado la voz, aquella voz de matices inconfundibles.

Envuelto en un impermeable y con un sombrero de ala muy baja, Natham O'Day me apuntaba con un revólver.

Estaba con dos tipos más, igualmente armados.

Y los tres sonreían contemplando cómo se estrechaba el cerco de llamas en torno a mí.

—Solo una cosa podrá salvarle, Strague —dijo Natham O'Day—. ¿Tiene ya alguna idea de dónde está lo que buscamos? Me refiero a su preciosa mercancía.

Realizando un esfuerzo sobrehumano, liberé el brazo derecho y saqué del bolsillo el rollo de celuloide.

—Aquí está, Natham O'Day —contesté con todo el rabioso desdén que rebosaba mi alma—. Aquí está la preciosa mercancía que tú y tu pandilla de puercos fuisteis incapaces de encontrar. ¿Cuánto pagarías ahora por ella, hijo de perra?

Advertí un movimiento de sorpresa por parte del trío. O'Day dio un paso adelante y gritó:

—¡Quieto, Strague! ¡No se mueva, voy a sacarle de ahí!

Mi risa ahogó el crepitar del fuego.

—Me enternece tu caridad, “Scarface”[\[1\]](#). ¡Mira lo que hago!

Con un ademán amplio y perfectamente visible, arrojé a las

llamas el microfilm.

Después, volví a reír mientras sacaba el “Mauser”.

Capítulo VIII

LA CABEZA CORTADA

COMO tres posesos se precipitaron contra el informe montón de astillas y chatarra que me envolvía. Sus pistolas escupían plomo con la celeridad de ráfagas.

A la luz de un rayo disparé contra Natham O'Day. Le vi retorcerse y caer sobre el incendiado motor. Seguí apretando el gatillo y otro de sus hombres cayó.

Algo se me incrustó en el hombro izquierdo. Una vaharada de gases me llenó los pulmones haciéndome vomitar. Las llamas llegaban hasta mis pies torturándome de un modo horrible.

Un rostro contraído por el odio se asomó por entre lo que había sido una de las ventanillas. Delante de sus ojos estaba el negro cañón de un revólver.

—¡Muere, maldita víbora, muere! —rugió el forajido.

Apreté el gatillo. No quedaba ninguna bala en la recámara.

Los gases me hicieron vomitar otra vez. Me cegó una llamarada al mismo tiempo que algo silbaba sobre mi cabeza.

Mi involuntaria contracción me había salvado la vida. Pero esto no se repetiría.

Alcé la mirada. El diabólico rostro estaba allí todavía.

Y de repente, la parte alta de su cabeza se desintegró ante mi vista, convirtiéndose en una horrible pulpa sangrienta.

—¡Animo, Robert! —exclamó una voz de mujer a mis espaldas—. Dentro de un minuto estará usted a salvo.

—Estoy bien, gracias —jadeé, casi ahogándome—. No se moleste, Kerima. De todas maneras, ya tengo pagado el billete de ida...

—Entonces viajaremos juntos —dijo la hermosa mestiza,

surgiendo entre aquel caos infernal—. ¡Ande, inténtelo!

Sonreí escépticamente. Antes de hacer ningún movimiento eché un vistazo al frente, donde Natham O'Day se estaba carbonizando por instantes. El espectáculo de ver arder a un hombre era nauseabundo porque sí, y horrible el hedor que hasta mi olfato llegaba. Muchas cosas desagradables le había deseado a O'Day, pero ninguna superaba a aquella.

Otra rápida ojeada me permitió observar que el rollo de microfilms habíase convertido en humo.

—Dese prisa, Robert —me apremió Kerima, alargando un brazo a través del humeante amasijo—. Puede quedar algún depósito todavía por estallar.

Siempre he sido débil a las sonrisas de las mujeres hermosas. Y creo que esta vez fue la sonrisa de Kerima la que me indujo a hacer algo por mí mismo.

Crujieron mis huesos, me desarticulé un brazo, me arañé una docena de veces la cara, perdí un zapato y abracé a Kerima para compensarme de tanto sufrimiento en mi feliz intento de salir a flote.

—¡Bendita lluvia! —exclamé, mirando al cielo para no perder ni gota de aquel turbiÓN de agua que me remojaba por todas partes—. ¡Cae toda sobre mí y desprecia a los infelices mortales que te critican!

—Amén —contestó Kerima, muy seriamente—. Y ahora, ¿no le importa que le lleve a algún sitio donde pueda curarle? Tiene su hombro empapado en sangre.

Mi exultante alegría me llevó a besarla otra vez. El aroma a nardo y jazmín que de ella se desprendía, me trasladó a regiones de ensueño.

—Vayamos al fin del mundo, si ese es su gusto —le repliqué—. Cualquier sitio se convertirá en un paraíso para los dos.

Su boca compuso un mohín de dulce reproche.

—Apóyese en mi brazo, Robert. Tengo mi coche ahí cerca.

Efectivamente, un pequeño y antiguo “Ford” se destacaba entre las sombras al otro lado de la carretera.

Durante el trayecto a la ciudad apenas cambiamos una palabra. Y yo se lo agradecí porque así pude reflexionar sobre los últimos

acontecimientos. De este modo deduje que mi línea telefónica había estado controlada por Natham O'Day y por Kerima, indistintamente. E igualmente llegué a la conclusión de que la gente de O'Day había demostrado su suficiencia rebanando la cabeza de Urbie Rushton y aflojando la tuerca que unía el volante al poste de dirección de mi "Jaguar". Y completando mis razonamientos, hube de reconocer que Kerima podía ganarse muy bien la vida tirando al blanco con su revólver con silenciador. Si estoy equivocado, que se lo pregunten al rufián que asomó la cara por la ventanilla con las insanas pretensiones de vengar a su jefe.

Tres cuartos de hora más tarde, Kerima y yo entrábamos en el apartamento de ella, situado en la planta trece de la última manzana de Belmar Street, en Kings Hoare.

—Tiéndase ahí —me ordenó, señalando un coquetón y florido diván—. Haré lo que pueda por usted.

Recreándome en la contemplación de su rostro, casi no advertí dolor cuando me extrajo la bala del hombro.

—Dentro de una semana cicatrizado —declaró, procediendo a vendarme la herida—. Francamente, no se ha portado usted mal. ¿Le duele?

La rodeé la cintura con mi mano derecha.

—Me duele no haberte conocido diez años antes —repuse—. ¿Sabes que eres una chica maravillosa?

Ella se desasíó con un hábil quiebro.

—No me impresionan sus halagos, Robert. Anoche, sin ir más lejos, estaba usted haciéndole el amor a una rubia. ¿Cree que voy a ser tan tonta como ella?

—Anoche quise darle celos a usted, si es que no quiere que nos tuteemos. Esa rubia no significa nada para mí.

—Estate quieto, ¿quieres? No acabaré nunca de vendarte si no te comportas con más formalidad. ¡Oh, qué tonto! ¿Es que no me has besado bastante?

Pero a pesar de sus protestas, Kerima no apartó sus labios de los míos. Su beso fue una caricia sumisa que me inundó de placer.

Y fue entonces cuando la inspiración se abrió paso en mi mente como un rayo que lo iluminara todo, aniquilando dudas e incertidumbres. Un beso de Kerima me reveló el conocimiento de

todo, me condujo al final del laberinto y en los mismos umbrales de la verdad resplandeció el formidable genio de Peterkin.

Quedé horrorizado y perplejo a la vez. ¿Podía ser que la locura invadiese ya mi cerebro?

—¿Qué te ocurre, Robert? —inquirió Kerima, alarmándose al ver mi expresión—. ¿Te encuentras mal?

Me senté en el diván cogiéndome la cabeza entre las manos. Durante un buen rato permanecí absorto, aislado del mundo. Luego levanté la mirada y sonreí a Kerima.

—Lo presenciaste todo, ¿verdad? —inquirí—. Viste como el fuego devoraba las fórmulas secretas.

Kerima asintió.

—Y por ello pensé que trabajábamos en el mismo frente —declaró—. No lo supe hasta hace una hora.

—“Intelligence Service”, ¿verdad?

—Sí —respondió Kerima—. Llevo cinco años adscrita al servicio secreto británico. Cuando el robo de las fórmulas secretas, recibí órdenes de tomar plaza en el avión que hace la travesía Londres-Nueva York. Mi misión era vigilar a un sujeto al que se le suponía llevaba los microfilms. Ya en pleno vuelo, observé que Natham O'Day entraba en contacto con dicho sujeto. Después sobrevino el accidente y apenas nos desembarcaron a los supervivientes, entró Peterkin en acción.

—Le arrebató los microfilms a O'Day y luego este le volvió a cazar, pero Peterkin ya se había desembarazado de ellos —completé—. Se los había entregado a Urbie Rushton, imaginando que jamás sospecharían del escritor.

Kerima afirmó con un movimiento de cabeza, y un momento después se levantó para ir al mueble bar.

Regresó portando una botella de Canadiam rye y dos vasos.

—Yo tampoco lo sospeché —prosiguió—. Y por eso seguí de cerca a Peterkin. Cuando le trasladaron al yate “Corsair”, me valí de mis credenciales para solicitar de cierta personalidad muy influyente que pusieran en observación la línea telefónica del yate. De este modo me enteré de la conversación que tuvo contigo. Inmediatamente cambié el rumbo de mis pesquisas y me decidí a controlarte por entero. Hasta esta misma noche.

—Así es que me oíste hablar con Urbie Rushton. Y fuiste a su casa, por supuesto.

Un rictus de aprensión se insinuó en los labios de ella.

—Estuve alrededor de las ocho y registré de arriba abajo la casa —contestó—. ¡Ojalá no lo hubiera hecho!

—Un momento. ¿Te refieres, tal vez, a Urbie Rushton?

—Vi su cabeza sobre una repisa. Estaba caliente todavía.

Apuré entero el vaso de Canadian rye. Algo comenzaba a fallar otra vez. Una cabeza humana no podía seguir conservando su calor hora y media o dos horas después de haber sido separada del tronco.

—¿Estás segura de que fuiste a las ocho? —pregunté—. Procura recordarlo bien.

—Quizá fuera un poco antes. A las ocho menos cuarto o así.

Más complicado aún. No obstante, me abstuve de seguir tocando el tema. Y tampoco quise decir nada acerca de la figura desaparecida de Pee Wee Zaphir, aunque estos dos puntos eran los únicos que no estaban de acuerdo con la teoría que ya me había esbozado.

—¿A qué hora acudieron Natham O'Day y su gente?

—Veinte minutos antes que tú. Les vi llegar en un "Pontiac" negro. Te aguardaron fuera durante todo el tiempo que estuviste dentro. Y por cierto que manipularon en tu coche un buen rato...

—Desconectaron la dirección. Y a propósito, todavía no te he dado las gracias por tu intervención. ¿Puedo besarte?

—Ya me has demostrado cumplidamente tu "agradecimiento" —se negó irónicamente Kerima—. Te vendría mejor descansar.

Suspiré con resignación y llené nuevamente mi vaso.

—Quisiera saber cómo adivinaste que trabajábamos para el mismo bando —dije—. Es algo que mi intriga sobremanera.

—Es muy sencillo. Con la desaparición de las fórmulas, o sea, con su destrucción, el peligro quedaba conjurado, pues lo único que importaba era que no llegasen a manos extrañas. Yo vi perfectamente cómo arrojabas los microfilms al fuego, sacrificándote a la amenaza de muerte de Natham O'Day. Preferiste morir a ser un traidor.

Sonreí con sarcasmo.

—La credulidad es algo muy humano, y como tal, induce al error en demasiadas ocasiones —dije.

—¿Qué insinúas? —Kerima enarcó sus morenas cejas.

—¿Reconocerías los microfilms? —pregunté.

—Soy la única persona fuera de Inglaterra que los reconocería entre un millón.

Entonces metí la mano en el bolsillo de la americana y extraje el rollo de celuloide hallado en el teléfono de Urbie Rushton.

—Comprueba si son estos.

La oscura tez de Kerima adquirió un intenso tono cetrino y sus ojos relampaguearon como los de un tigre enardecido.

Un suave movimiento de retirada me alertó sobre lo que se proponía.

—Trabajamos juntos, Kerima —recordé, poniéndome en pie y cortándole la retirada hacia la mesa en que se hallaba su revólver—. ¿A qué viene ahora esa desconfianza?

—¡No los destruiste! —murmuró, entre clientes—. ¡Y además, has querido jugar conmigo! ¡Traidor!

—No hagamos melodrama, querida. Todo está perfectamente claro y lo único que deseo es que identifiques los microfilms. Después, cada uno tendrá la parte que se merece.

Recogí rápidamente el revólver y a continuación ofrecí a Kerima el pequeño rollo de celuloide.

—Examínalo, ¿quieres?

Sin dejar de mirarme, Kerima tomó cautelosamente el carrete. Luego, lo desenrolló para verlo al trasluz.

Durante unos minutos, el silencio pesó como si fuera de plomo. La respiración de Kerima era anhelante y su acentuado busto oscilaba con un vaivén fascinador.

Después de su examen, su mirada se clavó en mí.

—Estas son las fórmulas robadas —declaró—. Ahora tendrás que matarme para sacarlas de aquí.

—Mucho más sencillo —sonreí—. ¿Lo ves?

Su estupefacción la había privado de los rápidos reflejos habituales, por lo que no tuve más que alargar la mano y arrebatarse el carrete.

Kerima se mordió los labios. Era evidente que sus pensamientos

hacia mí no me aseguraban una larga vida. Pero esto apenas tenía importancia.

Con un gesto la invité a sentarse.

—Escucha, pequeña —le dije, jovialmente—. Tú y yo tenemos una tarea común, aunque hayamos de ejecutarla para dos jefes distintos. Estoy persuadido de que no habrá dificultad para contentar a ambos, puesto que a los dos nos corresponde igual mérito. Yo encontré las fórmulas y tú me has salvado la vida. Estamos en paz, ¿no?

Ella me miró sin comprender.

—Daremos juntos la última batalla —proseguí—. ¿He demostrado, acaso, no ser digno de tu confianza?

—No lo sé.

—Sí lo sabes, pero eres endemoniadamente suspicaz. O mejor dicho, te has vuelto suspicaz desde hace diez minutos. Tal vez porque no pensaste que podía engañar a Natham. O'Day arrojando al fuego un carrito de microfilms preparado para tal efecto. Quizá me guardas rencor porque tú también caíste en la trampa, aunque yo no la preparase para ti. ¿No es cierto?

—No puedo saber si ahora me estás engañando otra vez —replicó.

—Entonces razona correctamente y comprenderás que yo no tenía ninguna necesidad de enseñarte los microfilms. Con darte las gracias por tus atenciones y largarme tranquilamente, me habría salido con la mía. ¿Cabe eso en tu adorable cabecita?

Insinuando una leve sonrisa, negó con la cabeza.

—Mi propósito era narcotizarte y luego registrar tus bolsillos —replicó—. Me duele que me juzgues tan tonta.

—También imaginé que ocurriría eso —dije—. Y por tal motivo, cambié tu vaso por el mío sin que te dieras cuenta.

Magníficamente enfurecida, Kerima se precipitó contra mí y me clavó las uñas en el pecho a través de la camisa y quiso golpearme a la vez.

—¡Maldito seas, Strague! —sollozó, entrecortadamente—. ¡Te odio con toda mi alma! ¡Te odio, te aborrezco y mil veces te maldigo!

Intenté dominar su explosión de cólera, pero un terrible dolor se

apoderó de mi hombro, haciéndome casi perder el sentido.

Retrocedí tambaleándome y tropecé con el diván, cayendo sentado en él.

Kerima se aplacó un poco y luego palideció al darse cuenta de mi sufrimiento.

—¡Oh, Robert! —exclamó, viniendo a postrarse a mis pies—. ¡Perdóname, por Dios! ¡No quise hacerte daño! Soy la más estúpida de las mujeres. ¿Te duele mucho, amor mío?

La caricia de sus labios me impidió contestar. El dolor pasó a ser una sensación casi inexistente.

Cogí su carita entre mis manos y la sonreí dulcemente.

—No tengo nada que perdonarte, Kerima —dije—. Así es como me gusta que seas y así te querré siempre. ¿Quieres que hablemos un poco?

Una hora después, habíamos trazado nuestro plan. Luego me marché a casa y dormí más felizmente que nunca.

Quizá sería mi último sueño en vida...

Capítulo IX

HORAS CONTADAS

EL sol entraba a raudales en mi aposento cuando me despertaron los primeros calambres. Fueron dos latigazos casi seguidos que parecieron arrancarme el alma. Dos espantosas punzadas que me atravesaron la nuca como dagas al rojo vivo. Mis dientes se hincaron en la almohada y jamás podré describir qué clase de fuerza me impidió gritar con la desesperación que sentía.

Pasó pronto. Un poco más tranquilo, me vestí y fui a visitar al doctor Pool para describirle los síntomas.

El viejo Blackmocre Pool me escuchó atentamente y luego procedió a examinarme a través de la pantalla.

—Bien, muchacho —dijo, con paternal acento—. Márchese a casa y acuéstese hasta que vaya una ambulancia a recogerle. Quizá podamos hacer algo por usted, aunque no le doy demasiadas esperanzas.

Traté de sonreír. Tenía la lengua reseca y tal vez un poco de fiebre.

—Supongo que habrá querido decir un coche fúnebre en lugar de una ambulancia. No soy ningún chiquillo, doctor. Vamos a ser francos el uno con el otro. Solamente me interesa saber si llegaré a la noche, puesto que en el caso contrario tendría que introducir ciertas modificaciones en un trabajo que estoy concluyendo. Con su sinceridad hará un favor a la patria.

El eminente especialista se quitó las gafas y reflexionó durante unos momentos. A buen seguro que estaba pasando por uno de los trances más amargos de su carrera.

—Su proceso es algo lento —manifestó, al fin—. Lento dentro de la rapidez con que se ha manifestado. Probablemente concluirá

antes de la madrugada. Voy a decirle una cosa, sin embargo: usted no está en manos de la ciencia, sino en las del Todopoderoso. Y lo que Él dispone nadie está capacitado para saberlo.

—Gracias, doctor. Si la fe me ha de salvar, nos volveremos a ver. Gracias una vez más.

Antes de marcharme, el propio doctor Pool me inyectó un compuesto de morfina para aliviarme de sucesivos calambres. Luego, me acompañó hasta la puerta.

Sobre las doce y media localicé al patrón, esta vez en un lujoso despacho de la Quinta Avenida, donde tuve que guardar espera en tres antesalas distintas.

Con una mano me invitó a sentarme mientras con la otra abría una labrada tabaquera de marfil. Debajo de sus párpados había profundos surcos morados, y las líneas de sus labios parecían haber adelgazado considerablemente.

—Es agradable volverle a ver, Strague —dijo, con tono de reconvencción—. Me he enterado de que anoche armó usted jarana en Hampton Court. Lo he leído en los periódicos.

Esbocé una leve sonrisa.

—Está disgustado por eso, ¿verdad? Los periódicos siempre dicen las cosas un poco tarde. ¿Qué le contó el inspector Dancer?

—No ha querido ser muy explícito. Creo que llegó a tiempo de ayudar a confesar a uno de los tipos que se cargó usted. Parece ser que con los informes adquiridos, Dancer hará una buena redada. Limpieza general. Gracias a usted, desde luego.

—Me lo dice como si yo hubiera cometido el peor de los delitos. Bien. ¿Y qué hay de Urbie Rushton?

El patrón clavó en mí sus ojos grises.

—¿Por qué tenía que haber algo? —preguntó—. ¿Es otra de sus jugarretas?

—Sí —afirmé—. Y me tiene sin cuidado lo que piense de mí. Allí tiene lo que legó Peterkin a la posteridad. Sus preciosos microfilms.

El patrón abrió una boca de palmo al ver el carrete sobre la mesa. Y poco a poco, su expresión fue pasando por una extraña serie de gamas hasta convertirse en la sonrisa más alegre del mundo.

—¡No es posible, Strague! —exclamó, cogiendo con mano temblorosa el célebre rollito de celuloide—. ¡No puedo creer que lo haya conseguido! ¡Por todos los astros del Universo! Míreme a la cara, Strague. ¡No sea rencoroso, por los clavos de Cristo!

Recogí el sombrero y me levanté.

—Urbie Rushton tenía las fórmulas —declaré, concisamente—. Y a propósito, ¿se acuerda de aquella mestiza de quien le hablé?

El patrón enarcó las cejas.

—¿Kerima Shalam?

—La misma. No la moleste en lo sucesivo. Pertenece al “Intelligence Service”. Le quedaría muy reconocido si le hiciese llegar a ella un memorándum de agradecimiento. Se lo merece.

El patrón se levantó cojeando y vino hacia mí.

—No se marche, Strague —rogó—. Tenemos que hablar. Cuénteme todo lo ocurrido. No puede irse así.

—Efectivamente, me voy —contesté, suavizando mi tono—. Voy a emprender un viaje al otro lado de los mares. Seguramente no nos volveremos a ver.

—¿Por qué no deja de ser un enigma? ¿Qué le ocurre?

Estaba verdaderamente dolido e intentaba reconciliarse. Pero él no podía comprender mi estado de ánimo, ni yo quería que me compadeciese. Yo solo deseaba que guardase recuerdos de un Robert Strague violento, agresivo, rezumante de vitalidad. No de un despojo digno de conmiseración. Aunque tal vez Tangier Rocca ya le habría informado. Pero, por su actitud, deduje que no.

—Ocurre que ha llegado la hora de tomarme unas largas vacaciones —contesté, sonriendo—. Me estaba empezando a hartar de tener la vida sobre un hilo. Esta ocasión le he visto los dientes al lobo.

—Puede que tenga razón. Un día u otro nos cansamos. Ahora bien, yo quisiera tener un informe completo de su actuación. Un resumen, al menos.

—Lo tendrá. Esta misma tarde, después que haya concluido los trámites de mi viaje, me pondré a redactarlo. Supongamos que lo empiece sobre las siete de la tarde. Calculo que allá a las diez podré enviárselo.

Me dio la mano. Y ya en la puerta, se decidió a hacer la

pregunta que yo sabía se estaba haciendo desde el primer instante.

—Escuche, Strague. ¿No existe posibilidad de que nos llevemos una plancha? ¿No cabe que alguien haya hecho una sustitución?

Me encasqueté el sombrero.

—Solo de una cosa estoy cierto —respondí—. A Peterkin se lo cargaron por la posesión de los microfilms que reposan sobre su mesa. “Precisamente” de esos microfilms. Esto ya es una garantía, ¿no?

—Confiemos en que al Gobierno británico le parezcan buenos —dijo el patrón—. A mí también me espera una labor arriesgada.

—Portarlos personalmente a Inglaterra —adiviné—. Tome un barco, jefe. Yo no me fiaría de ningún “Superconstellation”.

El patrón me golpeó la espalda y después cerró la puerta tras mí.

Hacía un día espléndido. En la calle respiré a pleno pulmón y me recreé contemplando los pequeños detalles que llenan la vida y siempre nos pasan inadvertidos.

Durante un par de horas, vagué por entre las frondas del Central Park, entreteniéndome en cosas tan livianas como dar de comer a los pajarillos y conversar con una chiquilla de trenzas de oro que se empeñó en explicarme cómo cada uno de sus dientecitos se transformaba en conejillo de Indias cuando su madre se lo arrancaba por medio de un cordel. Margy, que así se llamaba la pequeña, ponía el diente bajo la almohada y al día siguiente, un cartero le llevaba la correspondiente jaulita con el ratón dentro. Un misterio del cual me admiré mucho y me hizo ser feliz otro tanto.

Después de almorzar me dejé caer por el Sexto Precinto de Policía y allí pedí ver al inspector Dancer.

Se alegró mucho de verme —habíamos trabajado juntos en más de una ocasión— y me echó en cara mi comportamiento de la noche anterior, aunque comprendió que la índole de mi trabajo me impedía dar satisfacciones a personas que no fueran estrictamente el patrón y sus allegados.

Durante dos horas largas estuvimos cambiando impresiones y me reveló detalles que yo solo alcanzaba a sospechar y que confirmaron mi teoría general.

—Imaginé que Urbie Rushton no había sido asesinado —dije,

sinceramente—. Cuando entré por segunda vez noté la falta de la figura que representaba a Pee Wee Zaphir. Era Rushton, ¿verdad?

Dancer asintió.

—Es un hombre muy imaginativo —declaró—. A veces albergo el temor de que haga cosas raras. Claro es que somos amigos y me precio de conocerle a fondo. Sin embargo, parece como si supiera demasiado de la vida real, como si intuyera los hechos delictivos que se van a cometer. Una vez describió en una de sus novelas un asesinato que diez días después apareció en las primeras páginas de todos los periódicos —Dancer sonrió irónicamente, y agregó—: Creo le salvó la formidable coartada que poseía y con la cual hubiera podido capear un temporal en el Pacífico. De todos modos, encontramos al asesino.

—Un tipo interesante —reconocí—. Esta misma tarde le haré una visita.

—Se alegrará de conocerle —dijo Dancer—. Supongo que tendrán cosas importantes de qué hablar.

Encendí un cigarrillo y me puse a pensar cómo le diría a Dancer que me hiciera un favor. Tenía que decírselo sin romper la reserva obligada en torno al asunto principal.

Me fui al grano directamente.

—Esta noche tendré reunión en mi casa. ¿Le gustaría darse una vueltecita por allí?

Las rudas facciones de Dancer se contrajeron en un gesto de extrañeza.

—¿Nueva sorpresa? —inquirió, con cautela.

—Sí. Usted y sus hombres han desarticulado una peligrosa organización de espionaje.

—Querrá decir que usted la limpió —corrigió Dancer.

—Déjeme acabar. Natham O'Day era la cabeza visible de la organización, ¿no es cierto?

Dancer asintió, perplejo.

—Y bien...

—Tengo la sospecha de que esta noche atraparemos al cerebro verdadero. Y quisiera tomar precauciones.

Dancer se recostó en la butaca. Sus pupilas se habían achicado hasta hacerse casi invisibles.

—¿Está seguro de lo que dice, Strague? —preguntó.

—Ya le he dicho que lo sospecho nada más. Si estoy equivocado, convertiremos la reunión en algo agradable y tomaremos unas copas.

Luego, concreté unos cuantos puntos más y me marché.

Desde un teléfono público cité a Kerima Shalam para que acudiese a mi apartamento sobre las seis de la tarde. Después logré hacerme con Tangier Rocca, y telefónicamente también, le hice patente mis deseos de que se reuniera conmigo a la misma hora, aproximadamente.

Me faltaba Urbie Rushton. En su casa nadie contestó a mi llamada, por lo que le eché una tarjeta por debajo de la puerta, citándole igualmente.

Casi todo el trabajo preliminar estaba hecho, así es que regresé a mi apartamento y di ciertas instrucciones al conserje, quien a cambio me entregó una carta con las señas escritas a máquina y cuyo matasellos indicaba haber sido depositada en el buzón del Hotel Continental, en la población de Lynn.

Una vez arriba, la abrí. Era de Peterkin y estaba fechada cuatro días antes, lo que significaba que alguien la había retenido con algún propósito definido.

Decía así:

“Mi viejo granuja:

“Si algo fallara en este condenado asunto, del que creo tener una idea algo original, dirígete a Urbie Rushton lo antes posible después que recibas las presentes líneas. Espero de tu amistad que no me juzgues demasiado severamente ni achagues mi actitud a un excesivo deseo de lucimiento personal. No, Strague. Solamente pretendo, con ayuda de mi pobre entendimiento, que se salve la mayor parte de dignidad y un poco de paz para este desquiciado mundo.

“Perdonadme si estoy equivocado y que me perdone especialmente Urbie Rushton porque quizá mi error le habrá deparado consecuencias

que Dios no quiera sean irreparables.

“Un saludo de mi parte al patrón y tú recíbelo de

“Rex Peterkin”

Ahora sí que estaba todo claro y diáfano como la luz del día. Recelos y temores disipáronse de mi mente y creo que hasta la idea de morir se me hizo menos mortificante. Hasta aquel momento había faltado un eslabón decisivo en mi cadena de conjeturas. Ahora la cadena estaba completa y relucía con el fulgor de un ascua de oro.

Eran las cinco de la tarde. Buena hora para disponer los naipes sobre la mesa.

De un armario extraje una pistola, repasé las municiones y comprobé su funcionamiento. Luego saqué el magnetofón que utilizaba para grabar claves cifradas y le puse una cinta de tres horas de duración. A continuación lo escondí debajo de la cama y abrí el dispositivo de marcha. Su zumbido era apenas perceptible, por lo que nadie sospecharía su existencia.

Por último me bebí medio vaso de coñac con soda y me tumbé en la butaca con los pies sobre la mesa.

Entonces comencé a hacer una exposición detallada de todos los acontecimientos. Un relato imparcial, destinado a nuestros archivos secretos como le prometí al patrón.

A las cinco y veinte, noté cómo mi vista disminuía notablemente. Diez minutos más tarde sufrí un calambre.

Mi pulso aumentó a ciento cuarenta pulsaciones por minuto. Me iba agravando por instantes...

Cuando concluí el relato llamaron a la puerta.

Capítulo X

“NOCTURNO” CON MUERTE

DURANTE los tres cuartos de hora siguientes hubo bastante ajeteo en la casa. Entre las idas y venidas, me vi un poco apurado para repartir los papeles de la función que iba a comenzar. Tangier Rocca era la más nerviosa y no cesaba de preguntarme el motivo de la reunión.

El inspector Dancer llegó a las siete menos cuarto. Sin darle tiempo ni para saludarle, le hice pasar al desván contiguo a mi despacho, donde se unió al resto de la farándula. Después les recomendé a todos un poco de paciencia y un mucho de silencio.

—Vendré dentro de un minuto —advertí, sonriendo—. Voy a preparar el café.

Urbie Rushton se levantó y me pidió que le dejara telefonar.

—Lo siento, señor Rushton —me excusé—. He desconectado la línea para evitar que nos molestaran.

El escritor hizo un gesto de resignación y volvió a sentarse junto a su amigo, el inspector Dancer.

Cerré la puerta del desván y me metí en el despacho para entonarme con una copa de coñac. Debía tener una fiebre bastante alta y mi vista apenas percibía los detalles de los objetos. Rogué a Dios con toda mi alma que me concediera el tiempo indispensable para concluir aquella mascarada, y también le pedí que me iluminara...

Y de pronto, el zumbador de la puerta sonó con insistencia. La mitad del coñac se me derramó del sobresalto.

Abrí.

—Hola, Strague —dijo el patrón—. ¿Le sorprende mi visita?

Me hice a un lado para dejarle entrar. Ayudándose de su bastón,

cruzó dificultosamente el “living” y tiró el sombrero sobre una silla.

—Pues bastante, sí, señor —repliqué, pugnando porque mi voz resultara perfectamente natural—. Precisamente no hace ni un cuarto de hora que le envié el informe con un mensajero. ¿Lo recibió?

—No. Y a eso he venido.

Le invité a pasar al despacho. Realmente, era un caso inaudito que el patrón condescendiera a visitar a sus subordinados, aun en los trances de mayor compromiso. Por ello y las restantes circunstancias, mi ansiedad no era para ser descrita.

Se retrepó cómodamente en un sillón y yo hice lo propio en otro encarado.

—¿Una copa, jefe?

Negó gravemente con la cabeza.

—Supongo que estamos solos —dijo, mirando a su alrededor como si esperase ver asomar una cabeza por detrás de alguna estantería.

—Completamente —mentí—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Nos han dado gato por liebre —contestó, lentamente—. Los microfilms son una mediocre falsificación. ¿Qué sabe usted de ello?

En ese instante, sentí un ramalazo de fuego en la nuca que casi me dejó sin sentido. Realizando un supremo esfuerzo de voluntad, evité el soltar una exclamación de dolor.

—¿Está enfermo? —preguntó el patrón.

Me enjuagué el sudor de la frente. Había perdido el cincuenta por ciento de visión. La cosa iba lápida.

—De modo que hemos trabajado por nada —dije, rehaciéndome—. No creerá que yo estaba al tanto de la falsificación, ¿verdad?

El patrón me taladró materialmente con su acerada mirada.

—Cuando un hombre sufre continuos escamoteos, puede pensar muchas cosas —replicó, con acritud—. No es este el primer tropiezo, Strague. Aunque sí espero sea el último.

Me pregunté si un ser extraordinario como era el patrón podía estar completamente ciego. Mi fe en sus facultades comenzaba a tambalearse.

—¿Me acusa de traidor? —pregunté lentamente.

—Me limito a exponer resultados. Usted preparaba un viaje, ¿no

es cierto?

—Sí.

—Quizá como lo proyectaba Peterkin. Con los bolsillos llenos...

Reí con sarcasmo su acusación.

—Mucho más llenos de lo que usted se figura, jefe. Y no creo que nadie me lo pueda impedir.

—Lo dudo.

El patrón sacó una petaca y encendió un cigarrillo. Su pulso no revelaba el menor nerviosismo.

—Dudo que usted pueda salir de esta casa vivo —repitió beatíficamente—. ¿Quiere echar una ojeada por el balcón?

Sin demasiadas prisas me asomé. Tres coches policiales tenían acordonada la calle. Y una docena de agentes de paisano oteaban disimuladamente desde la acera de enfrente.

—Un poco complicado, ¿verdad? —el patrón despidió en forma de anillos una bocanada de humo—. Desde el primer momento supe que había un traidor en nuestras filas. Pero hasta hoy no pensé que pudiera ser usted.

—Mejor diría que jamás imaginó encontrarlo en esta casa —rectifiqué sonriendo.

Enarcó levemente las cejas.

—¿Qué quiere decir?

—Que, efectivamente, hay un traidor en nuestras filas. Y lo tengo aquí, en esta casa. Para servirlo en bandeja a la justicia de los hombres. Hizo bien en traer refuerzos, patrón.

—Estoy prevenido contra todos sus esfuerzos para escabullirse. Incluso sospeché que tendría preparada una salida.

—No. Usted jamás lo ha sospechado.

Se encogió de hombros. Su expresión era de tolerante paciencia.

—No tengo demasiada prisa —dijo—. Así es que estoy dispuesto a parlamentar cuanto guste. La silla eléctrica será tal vez más inflexible.

—Entonces, ¿quiere conocer el nombre del traidor?

Un rictus de escepticismo curvó sus labios.

—No tengo ningún inconveniente.

Extendí las manos sobre los bordes del sillón y me recosté.

—Se llama Percy Darraqual.

Un relámpago de infinita sorpresa pasó por las grises pupilas de aquel hombre.

—Sí —continué sonriendo—. Usted es el cerebro que ha trabajado entre las sombras a favor del enemigo; usted, el que traicionó a Peterkin y quiso hacer lo mismo conmigo; usted, el que ha vendido el patriotismo por el puñado de lentejas. Usted, Percy Darraqual,

El patrón respiró con fuerza. Ahora el humo de su cigarrillo ascendía en rápidos zigzags, denotando el temblor de su mano.

—Eso es una solemne tontería —dijo—. Su tentativa por salir airosamente de la escena.

—Ha caído en una trampa y usted lo sabe —declaré—. Una trampa que le tendí esta mañana.

—Sigue diciendo tonterías, Strague. Dejemos la comedia y deme los verdaderos microfilms.

—¡Los verdaderos!... ¿Cómo supo que los de esta mañana eran falsos? ¿Y cómo adivinó que los compuse yo mismo, con una clave arbitraria y un texto más imaginario aún? ¡Usted jamás debió saberlo!

Darraqual se removió inquieto en el asiento.

—¡Maldito sea si no es usted el individuo más cínico que jamás conocí! —exclamó—. ¡Le juro, Strague, que le haré pagar, uno por uno, todos sus insultos!

Volví a sonreír.

—Nadie en los Estados Unidos, excepto una persona, ha sido capacitado legalmente para conocer las características del microfilm auténtico. Y a nadie más que a esa persona, se le encomendó el rescate. Lástima que Kerima Shalam y yo nos tropezáramos en el curso de las investigaciones, ¿verdad?

—Debo entender que está usted alabando mis facultades de adivino —replicó el patrón humorísticamente.

—Usted no adivinó nada ni tampoco el “Intelligence Service” le contrató para que se metiera en este asunto. Alguien compró sus servicios cuando dejaron fuera de combate a Natham O’Day; alguien que le reveló las características del microfilm... Alguien para quien usted ya había trabajado anteriormente. Fue usted muy astuto tratando de canalizar las sospechas de traición hacia

Peterkin. Pero Peterkin se le anticipó porque él sí que adivinó que, desde algún tiempo a esta parte, usted se había convertido en un agente doble.

Con un rapidísimo movimiento, el patrón sacó su revólver. Su faz se había crispado en una expresión que ponía al descubierto la vileza de su alma.

—Es usted muy listo, Strague —dijo apuntándome—. Un muchacho muy listo. Casi ha estado a punto de adivinarlo todo. Casi...

—Sin casi —contesté impávido—. Se sorprendería si supiera lo detallado del informe que he dejado en manos de la policía. Solo lo siento por Tangier, a quien usted, miserablemente, puso en riesgo su vida, utilizándola como instrumento ciego de su ruindad.

Darraqual se levantó. Yo solo distinguía una borrosa y oscura sombra en el lugar que ocupaba. Empecé a darme cuenta de que me encontraba muy mal, prácticamente en las últimas.

Aguardaba, pues, la muerte casi como si fuera un regalo que la providencia se disponía a otorgarme.

—Le voy a matar, Strague —decretó con voz sibilante—. Le voy a matar como a un perro rabioso, por lo que seré felicitado. El secreto morirá con usted. Es una lástima que no pueda efectuar su precioso viaje a Inglaterra para apuntarse su triunfo personal.

El sudor empapaba mi cuerpo y algo parecía hendir mi cráneo con la fuerza de un taladro mecánico. Me miré las manos y estaban blancas como las de un muerto.

De alguna casa próxima llegaron hasta mí las notas tristes de un “nocturno” de Chopin. Nocturno con muerte...

—Toda nuestra conversación ha quedado grabada en un magnetofón —dije cansadamente—. Mi muerte será la suya también, Darraqual.

Se agitó delante de mí, como la mole de un animal enfurecido.

—¡No es cierto! —gritó—. ¡No es cierto! ¡Está queriendo ganar tiempo! ¡Quiere que le obligue a buscar el magnetofón para...!

—Me duele la cabeza, Darraqual... ¿Acabamos ya?

Se abrió la puerta del desván. Entonces saqué la mano del bolsillo y disparé contra el patrón... justamente al mismo tiempo que él.

Cesaron los dolores. Muy a lo lejos, a millones de millas, seguí
oyendo las apagadas notas del “nocturno”...

Y luego sentí en los labios una dulce caricia.

Fue mi última sensación.

EPÍLOGO

UNA semana justa transcurrió hasta que el inmaculado blanco de una bata que se movía delante de mí adquirió caracteres de cosa animada y viviente. Luego oí una voz muy lejana que decía:

—Está recobrando el conocimiento. Dios nos ha concedido el milagro...

Y otra voz le replicó:

—Milagro, sí; pero también es cierto que jamás tuve entre mis manos una cabeza tan dura como la de ese joven. Granito puro.

Al día siguiente, el autor de la ingeniosa frase, el eminentísimo doctor Pool, me sonreía animosamente junto a la cabecera de mi lecho.

—Está salvado, Strague —dijo guiñándome un ojo—. Tiene la cabeza dura como el granito.

—Eso ya lo dijo ayer —murmuré débilmente—. Granito puro.

Pool se echó a reír.

—También es cierto que es usted un hombre de una suerte inaudita. ¿Bajo qué signo nació?

La enfermera que me asistía, una morenita vivaracha y picaresca, me pasó la mano por debajo de la nuca y dobló la almohada para que pudiera recostarme cómodamente. La caricia de sus dedos me recordó a Kerima.

—¿No sería mejor que me explicara en qué consiste mi suerte? —inquirí con pocas ganas de bromear.

—Le agujerearon la cabeza con un proyectil del 38 —contestó el doctor—. Pero sus huesos resistieron bien. Una amiga suya, la señorita Tangier Rocca, dispuso inmediatamente que le trasladaran a mi clínica. Usted le había informado de su enfermedad y, según, parece, creo que solo ella estaba al tanto. El balazo no era grave,

más bien superficial, con la peculiaridad de interesar los centros afectos a su dolencia. Y ahí estriba su suerte, amigo Strague. Porque usted sabe perfectamente que un cirujano no está autorizado a operar sin el previo consentimiento del paciente. Pero puesto que Dios puso la bala en el camino del bisturí, hice un trato con mi conciencia y ahondé un poco más, buscando aquella probabilidad entre mil. Si mi conciencia y mi ética profesional no hubieran accedido al pacto, usted habría muerto dos horas después de ingresar en la clínica. Ya ve, un balazo le ha salvado la vida. Ironías del Destino.

El doctor Pool no lo sabía, pero la ironía del Destino tenía otro nombre: Percy Darraqual. De ahora en adelante tendría que guardarle eterno reconocimiento a aquel hombre corrompido por el vil metal, pero que, sin embargo, había apartado de un manotazo la guadaña que las Parcas cernía sobre mi dura cabeza. ¡Bien por el patrón y que otros se encargaran de maldecirle!

—Dentro de un par de días le autorizaré a recibir visitas —dijo el doctor Pool, adivinando mi pensamiento—. Está más solicitado que la Kim Novak.

Aquellos dos días se me hicieron interminables, lentos y torturantes. Tan solo conseguía disipar momentáneamente mi tedio el ramito de jazmines que cada tarde colocaba la enfermera sobre la mesita de noche. Jazmines de Kerima.

Por fin, una mañana entró el doctor Pool preguntándome cómo me encontraba de fuerte, a lo que le respondí que estaba en perfectas condiciones para noquear a todo el cuadro clínico que infestaba los hospitales y sanatorios de la ciudad.

—Usted es capaz de eso y mucho más —dijo Pool—. Pero lo que ahora me interesa saber es si tiene ganas de recibir a tres personajes a la vez. He intentado disuadirlos, razonándoles que uno detrás de otro sería mejor, pero como no había medio humano de saber cuál de ellos tenía prioridad, usted es quien lo ha de decidir. Sus nombres son Jefferson Dancer, Urbie Rushton... y la señorita Kerima Shalam.

—Adelante con los tres —exclamé a la vez que el corazón me brincaba de gozo—. Y cuidado con hacer guiños a la señorita Shalam; es de mi exclusiva propiedad.

—Así me lo figuraba —dijo Pool, marchándose seguidamente.

Fue algo grande la entrada de aquel trío que compartiera mis horas de pesadilla. Kerima me besó y creo que Dancer y Rushton también estuvieron a punto de hacerlo. Se alegraban de verme vivo y sonriente.

—Nunca te perdonaré el habérmelo ocultado —dijo Kerima—. ¿Te parecía bonito irte así, sin despedirte siquiera? ¿Tan poco te importaba yo? Preferiste contárselo a otra...

—Es la hora de los sentimentalismos —expliqué a los otros—. ¿O acaso es que no se han enamorado nunca?

Dancer sonrió y Rushton puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo nos va a tocar a nosotros, Strague? —inquirió el primero—. Estamos aguardando turno desde las nueve de la mañana.

Por fin las bromas y chistes dejaron paso a la seriedad. El inspector Dancer me preguntó si podía fumar y luego pasó a formular su primera pregunta.

—¿Cómo supo que Percy Darraqual trabajaba para otros?

—Eso vendrá después —repuse—. ¿Qué ocurrió aquella tarde?

—Cuando abrí la puerta para detener a Darraqual, ustedes se dispararon mutuamente. Su herida era mortal. Cuando comprendió que todo se había acabado para él, se arrepintió y rogó que le pusiéramos cerca el magnetofón para que su confesión nos resultara de alguna utilidad. Dios le concedió el tiempo justo para reconciliarse consigo mismo y pedir que le perdonáramos.

Sentí pena hacia el patrón y deseé que su arrepentimiento le sirviera de algo.

—Otra de tantas carreras brillantes truncada por la avaricia —comenté pensativamente—. Comencé a sospechar de él la segunda vez que aludió a la traición de Peterkin. Quería infiltrarme esa idea a toda costa con el ánimo de destruir mi confianza en él para el supuesto de que nos encontrásemos. Luego mis sospechas se afianzaron cuando Peterkin me reveló haber escondido los microfilms después de arrebatarlos a Natham O'Day. Lo lógico era que hiciera inmediata entrega de ellos al patrón. No obrando así, deduje que él ya tenía la certeza de que Darraqual era un traidor. Otra prueba es que Peterkin me telefoneó para engañar a Natham O'Day, y de paso para lanzarme sobre la pista de lo que estaba sucediendo. Yo era su mejor amigo, su compañero de lides

antiguas, y esperaba también que pudiera arrancarle de las manos de O'Day y su gente. Mucho más fácil le habría sido recurrir al patrón, ya que no ignoraba que todas las líneas telefónicas de este poseían un registro automático denunciando el origen de cada llamada, con lo que Darraqual podría haberle localizado inmediatamente y acudir en su ayuda. Hasta aquí fueron deducciones, sospechas sin una base cierta, piezas sueltas de un complicado rompecabezas en el que Kerima Shalam constituía el factor desconcertante.

Hice una pausa para descansar. El silencio de mis interlocutores era una prueba evidente de la expectación que reinaba entre ellos.

—La visita a su casa —me dirigí a Rushton— me desorientó en un principio. Una cabeza cortada, una efígie viva de Pee Wee Zaphir, los microfilms en el teléfono y la llamada del inspector Dancer habrían confundido al mismísimo Sherlock Holmes. Sin embargo, algo se destacaba entre aquel maremágnum: las fórmulas secretas. Otra prueba de que Peterkin prefirió entregárselas a usted, Rushton, antes que a su jefe. Luego sucedió todo aquel desastre de la carretera, del que providencialmente me sacó Kerima.

Otra pausa para cobrar aliento. Urbie Rushton arrastró un poco la silla para acercarse más.

—Kerima y yo hablamos de muchas cosas —proseguí—. Nos desvelamos mutuos secretos. Y entre otros puntos quedó aclarado rotundamente que solo ella había sido encomendada por el “Intelligence Service” para recuperar las fórmulas robadas. A nadie más se le participó el hecho. Observen ustedes: a nadie. Por lo tanto el patrón mintió a Peterkin y a mí al afirmar que le habían hecho dicho cargo. Ciertamente que Darraqual recibió instrucciones muy concretas y un informe, el más precioso de todos, por medio del cual reconocería la clave auténtica o el signo determinado que le serviría para identificar el verdadero microfilm. ¿Qué signo era ese, Kerima?

—Una suma algebraica elevada a la tercera potencia con solución errónea —contestó la joven—. Y dichos conceptos numéricos deberían estar fotografiados a cinco milímetros exactos del formulario secreto, que, dicho sea de paso, constituía un proyecto sensacional en el campo de los carburantes sólidos. Una revolución química que mientras estuviera en poder exclusivo de

Occidente garantizaba la absoluta supremacía bélica, amén de resolver todos los problemas que impiden el logro de la navegación interplanetaria.

—Está claro —dijo el inspector Dancer—. Si Percy Darraqual conocía la clave era porque se la habían facilitado los agentes enemigos. Y basándose en esto, usted le entregó un microfilm falsificado agregándole la historia del viaje. Entonces él se daría cuenta del engaño, denunciándose a sí mismo.

—Exacto. Por eso vino a mi apartamento. Quería los microfilms auténticos y cerrarme la boca para siempre.

—Concuerda plenamente con su confesión —declaró el inspector Dancer—. Usted razonó justamente como Peterkin lo deseaba, desenmascarando al traidor...

—A “El Rey de los Traidores” —rectifiqué sonriendo—. ¿No es ese el título de una de sus novelas, señor Rushton?

El escritor afirmó.

—Rex Peterkin era un intuitivo admirable —dijo—. Le referiré a grandes rasgos cómo comenzó el asunto. Creo que fue la tarde del 26 de septiembre último cuando cierto destacado investigador de los laboratorios Lowell apareció acribillado a tiros en una callejuela de Soho. Estaba agonizando y confesó a la policía haber robado unas fórmulas secretas para determinados agentes extranjeros. Estos, en lugar de pagar el precio pactado, decidieron eliminar al citado científico en evitación de que un día u otro pudiera arrepentirse de su traición. Inmediatamente el servicio secreto inglés extendió sus redes logrando localizar al individuo que se suponía portador de las fórmulas. Pero ya era tarde para detenerle puesto que volaba rumbo a Nueva York. Por otra parte, tampoco existía una certeza absoluta y, en consecuencia, el “Intelligence Service” decide enviar a la señorita Shalam a Las Azores en un reactor de la R.A.F., para unirse al pasaje del “Superconstellation” en su escala en dichas islas. Otro tanto me ordenaron a mí con la consigna de velar por la seguridad de la señorita Shalam...

—¡Usted! —exclamé asombrado—. ¡Usted miembro del “Intelligence Service”!

Urbie Rushton afirmó sonriendo.

—Así se desarrolló el principio de la intriga —dijo—. ¿Quiere proseguir, señorita Shalam?

—Mi misión era impedir que Nathan O'Day, portador de las fórmulas, se pusiera en contacto con persona alguna cuando aterrizáramos en el aeropuerto de La Guardia —continuó Kerima—. Natham debía ser detenido allí mismo por las autoridades federales y yo era quien debía hacerme cargo del microfilm robado. Pero el Destino frustró todos los planes al hacer que el avión se estrellase frente a las costas de Lynn. Entonces sucede lo sorprendente. Y es que Natham O'Day alega la pérdida del microfilm durante el naufragio; lo alega a la persona que va a hacerse cargo de la entrega mientras los cuatro únicos supervivientes permanecemos en observación en un hospital de Lynn. O'Day ha visto que su ocasión es magnífica para explotar por su cuenta la posesión de las fórmulas. Y niega y reniega de tenerlas.

—Exacto —prosiguió Rushton—. Pero entonces entra Darraqual en juego. Saben que posee una formidable organización y hombres soberbiamente adiestrados; saben también que es un agente doble, que especula desde hace algún tiempo con toda clase de informes secretos, y le ofrecen una fabulosa suma por el rescate de la fórmulas, señalando a Natham O'Day como sospechoso de poseerlas.

“Percy Darraqual pone en movimiento a Peterkin con la consigna de que apriete los tornillos a O'Day. Así lo hace Peterkin y se sale con la suya. Su triunfo es grande, pero espera ampliarlo con algo sensacional, puesto que también sospecha de Darraqual por ciertos contratiempos anteriores. Sin la mínima vacilación, Peterkin se pone en contacto telefónico con el “Foreing Office” e informa ampliamente de lo sucedido. La respuesta de las autoridades británicas es rotunda: nadie ha encomendado a Percy Darraqual la misión de recobrar las fórmulas. Entonces Peterkin pide instrucciones y le ordenan me haga entrega inmediata del microfilm para que yo lo reexpida a Inglaterra con la máxima urgencia posible. Todo esto sucedió el mismo día en que fuimos internados en el hospital de Lynn.

—Luego si usted envió a Inglaterra el auténtico microfilm...

—Preparé otro falso —me interrumpió Rushton— para proseguir el juego y darle una oportunidad a Darraqual para desenmascarse. Solo la clave inicial era exacta a la verdadera; el resto, un camelo sin pies ni cabeza que a nada comprometía.

El novelista hizo una pausa que aprovechó para encender otro cigarrillo.

—Peterkin me pidió que le dejara actuar solo —continuó después—: Quería ajustarle las cuentas a Darraqual. Sin embargo, no tuvo tal oportunidad pues Natham O'Day y su gente se echaron encima de él. Pero esto no lo supe hasta que usted me telefoneó. Así es que, en realidad, permanecí completamente al margen de la intriga...

—A propósito de mi llamada telefónica —dije—. ¿Por qué preparó aquella mascarada en su casa?

Rushton sonrió sardónicamente.

—Fue algo gracioso y dramático a la vez. Su llamada me hizo sospechar que Peterkin había logrado prender en sus redes a Darraqual y me permití adivinar sus intenciones, aunque debo confesar que me equivoqué de medio a medio. Yo introduje el falso microfilm en el teléfono pensando que sería el propio patrón quien vendría a buscarlo. Así mismo adopté el disfraz de Pee Wee Zaphir para sorprenderle con las manos en la masa. Anteriormente me había puesto de acuerdo con el inspector Dancer para que continuamente telefonara. ¿Comprende, Strague?

—De este modo quien se hallara en su despacho descubriría el microfilm, ¿no es eso? —inquirí.

—Exactamente; es un fenómeno demostrado que la persona que se introduce en un domicilio ajeno no puede resistir la tentación de contestar a cualquier llamada telefónica que se produzca. Por usted mismo puede juzgar.

—Se sorprendería al presenciar el desfile —comenté irónicamente—. Sobre todo cuando me vio a mí.

—Mucho más se sorprendió usted al descubrir el truco de la cabeza cortada —replicó Rushton—. ¿A que creyó que era la mía?

—Lo habría jurado. ¿Por qué lo hizo?

—El instinto de conservación, amigo. Viendo mi cabeza rebanada, a nadie se le ocurriría buscarme por la casa para apretarme los tomillos. Una cabeza de cera, un cuerpo decapitado, un par de resistencias eléctricas para conservar el calor de las facciones y medio litro de barniz rojo aseguraban mi inmunidad. Aquello fue como escribir el capítulo final de una novela.

Me recosté sobre la almohada. Estaba cansado pero satisfecho. Ahora todo estaba perfectamente claro. Bueno, todo no; faltaba un pequeño detalle.

—Peterkin me facilitó la pista de usted por medio de su novela “El Rey de los Traidores” —dije a Rushton—. Fue algo improvisado, ¿verdad?

El escritor afirmó.

—La noche que nos conocimos me pidió alguna de mis obras. Casualmente en la maleta que salvé tenía “El Rey de los Traidores”. Recuerdo que comentamos la coincidencia del título con la posible personalidad de Percy Darraqual.

—Salió bien su improvisación —observé—. Sobre todo fue oportuna.

Mi fatiga me disuadió de explicar lo concerniente a la carta que Peterkin me dirigió para el caso de que sus planes fallaran. De todas formas, esto no tenía importancia y lo que deseaba era quedarme a solas con Kerima.

El inspector Dancer y Urbie Rushton lo adivinaron y se pusieron en pie.

—Enhorabuena, Strague —me felicitó Dancer—. Millones de personas deberían estarle agradecidas. Eso es bastante para compensarlo todo, ¿verdad?

Les estreché la mano y se marcharon.

Luego me besó Kerima y hablamos algunas cosas acerca del matrimonio.

Inútil es decir que nunca una mujer y un hombre estuvieron tan de acuerdo.

Solo volvimos a discutir cuando le expresé, con no muy académicos términos, mi opinión sobre el modo de actuar del alto mando inglés.

—Cuando menos podrían haberte parado los pies una vez supieron que Urbie Rushton había recuperado las fórmulas —dije resentido—. No, Kerima; no tenían ningún derecho a ordenarte que expusieras la vida buscando algo que ya no existía.

—Mi querido Robert —suspiró ella—: el alto mando dispuso el cese de mis investigaciones apenas tuvo en su poder aquello que fue robado. Peterkin y Rushton podían estar equivocados en lo

referente a su autenticidad, ¿no te parece?

—¿Y cuándo te avisaron?

—La misma tarde en que organizaste la reunión en tu casa.

—¡También se dieron poca prisa los muy cretinos! De veras que me desespera la flema inglesa...

—¿Ah, sí? —Kerima compuso una expresión maliciosa—. ¿Y quieres decirme lo que habría sucedido si el alto mando me hubiera informado veinticuatro horas antes?

Tuve que rendirme ante, la aplastante lógica de su pregunta. Porque si a Kerima “le hubiesen parado los pies” veinticuatro horas antes, mi cuerpo se habría convertido en cenizas entre la chatarra del “Jaguar”... exactamente igual que le ocurrió a Natham O'Day.

Y es que, digamos lo que digamos, las mujeres suelen tener razón siempre.

FIN

¿Era motivo suficiente el robo de un simple collar para que se cometieran tantos crímenes...?

¿Qué papel misterioso desempeñaba la escultural rubia en todo aquel embrollo...?



La respuesta a estas intrigantes preguntas las hallará en

LA RUBIA DE LA AMETRALLADORA

título que da a su último relato, el magnífico autor
CLARK CARRADOS

¡La inesperada presencia de la hermosa Suzy, empuñando aquella mortífera pistola ametralladora, era lo que más desconcertaba al agente Hugo de Lorenzo... y ella siempre aparecía en los momentos de mayor peligro!

La rubia de la ametralladora

¡Suspense, acción, emoción y violencia en la novela policíaca mejor lograda por tan famoso escritor!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará en su número de la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
676 — Mercedes Escalante
MI ADORABLE ASESINO

COLEC. "MADREPERLA"
572 — Corín Tellado
ME CASE AYER

COLECCION "ROSAURA"
516 — May Carré
**EL AMOR VENDRA
DESPUES**

COLECCION "AMAPOLA"
403 — Armando Sandoval
**SI EL CORAZON
QUISIERA...**

COLECCION "ALONDRA"
343 — Mary Vidal
SU INDOMABLE CORAZON

COLECCION "ORQUIDEA"
266 — Isabel Salués
LINA, LA TIMIDA

COLECCION "CORAL"
147 — Corín Tellado
LLEGO LA COLEGIALA

COLECCION "BISONTE"
617 — A. Rollet
LA MASCARA DE POLVORA

Col. "SERVICIO SECRETO"
481 — W. Catanzaro
NOCTURNO CON MUERTE

COLECCION "BUFALO"
314 — Keith Luger
**UNA BALA PARA CADA
UNO**

COLECCION "CALIFORNIA"
161 — Mikky Roberts
SENTENCIA DE "COLT"

COLECCION "TEXAS"
182 — Mike Brown
SIN ESCRUPULOS

COLECCION "COLORADO"
106 — Clark Carrados
¡BANDIDOS!

COLECCION "KANSAS"
72 — M. L. Estefanía
**EL CABALLERO Y EL
"GUN-MAN"**

Col. "HEROES DEL OESTE"
54 — M. L. Estefanía
DOS VECES TEJANO

COL. "ASES DEL OESTE"
24 — Raf Segrram
ALACRAN

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona - Hiedito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**¡¡RADIOTECNICO,
AFICIONADO!!**

*No dejen de adquirir
el último volumen
aparecido en la inte-
resante*



COLECCION TECNICA AL DIA
cuyo título es

MODERNO LIBRO DEL REPARADOR

Análisis, medición y arreglo de receptores de
Radio y Televisión. Modernísimos métodos de
reparación y comprobación

MODERNO LIBRO DEL REPARADOR

¡No debe faltar en su biblioteca!

Será su más fiel consejero

Pida ampliación de detalles sobre esta
colección a

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 **BARCELONA**

Pat Todd fue siempre bueno, paciente y tolerante, hasta que los Dickey, rancheros malos y brutales, le arrastraron al camino de la violencia. Fue entonces cuando tuvo que mostrar el reverso de su personalidad revelándose un "gunman" del que se hablaría durante mucho tiempo...



Así da comienzo la apasionante trama de:

MATADOR A LA FUERZA

Una novela soberbiamente escrita por

MEADOW CASTLE

en la que narra la trágica historia de un hombre que, pudiendo seguir una vida tranquila y sosegada, tuvo que empuñar sus revólveres para defenderse de la peor cuadrilla de asesinos que poblaron el legendario Oeste

MATADOR A LA FUERZA

un título que perdurará en su memoria durante largo tiempo

COLECCION BISONTE EXTRA

lo publica en su número de esta semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

Tenia toda la facha de un pistolero famoso. Se rodeaba de una aureola de crímenes que le hacían ser temido por todos, pero Shorty no era, en realidad, lo que aparentaba, y su misión era bien distinta a la que le atribuían los pistoleros a sueldo de un misterioso asesino...



Este es el arranque de la trama apasionante de

LA ASTUCIA JUEGA SU BAZA

un relato emocionante como pocos, que firma el famoso escritor

FIDEL PRADO

¡Creyó poder introducirse en la organización y lo que halló fue la muerte esperándole en los "Colt" de cada pistolero, con la consigna de eliminarle para evitar competencia!

LA ASTUCIA JUEGA SU BAZA

Intrigante hasta la última línea, esta magnífica novela se publica esta semana en la sin par

COLECCION BUFALO EXTRA

¡No pierda la ocasión de leerla!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera,
S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUE-
NOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda.
Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda.
Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - So-
meruelos, 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Im-
perio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49
CIUDAD TRUJILLO

ECUADOR: Agencia Selecciones - Aguirre, 717.
GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des An-
gles International, 408 East, 11St. - New York,
23 N. Y. (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número
5-42 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istaccihuatl, S. A. - Avda. Uru-
guay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones
29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - LA
ASUNCION.

PERU: Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450.
LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Forta-
leza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle
Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A.
Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



James Stewart

★ N.º 979 Es uno de los actores americanos que goza de más popularidad en todo el mundo. Sus más celebrados éxitos son: "Música y lágrimas", "Winchester 73", "Qué bello es vivir" y "Horizontes lejanos".

Foto Warner Bros



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 pts. Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Cara Cortada.